

revisten de toscas telas de púrpura oscuro. Están encadenados entre sí y su labor es parecida a la albañilería, erigen nuevas y nuevas hileras de la ciudadela. Como sueño un breve sopor y una infravegetación como alimento. Gravita sobre ellos el terror ante el uizraor: en caso de desobediencia o rebeldía puede precipitarlos, como a los igvas, al Fondo de Shadanakar. La historia de Drukkarg ya ha sabido de tales casos.

De forma análoga a Drukkarg, en Mudgabr corren la misma suerte de prisioneros-titanes Carlos V, Napoleón, y casi todos los monarcas, estrategas y estadistas de Europa noroccidental y América del Norte. En Yunukamn trabajan de canteros Gregorio VII, Loyola, la mayoría de los papas. Torquemada, tras pasar muchos siglos en Biask y Propulk, ha sido levantado sólo hasta los purgatorios inferiores.

Y en una mazmorra totalmente inaccesible mantienen los señores de Drukkarg a los hermanos del Sincretis que apresaron en las batallas libradas entre las fuerzas de los shrastres y las fuerzas de la Luz. Nadie puede exterminarlos, ni los uizraores ni los igvas. Están confinados como en prisión sin término, esperando la inevitable destrucción –tarde o temprano– de esta fortaleza de la antihumanidad.

IV

ESTRUCTURA DE SHADANAKAR

LOS ELEMENTALES

1. Elementales demoníacos

Entre las capas de diversos signos y materialidad que conforman Shadanakar hay cuatro sacualas vinculadas a lo que llamamos elementos de la Naturaleza. ¿Vinculadas cómo? ¿Con qué?

Aquí tocamos una tesis bastante difícil de exponer. Sucede que el sentido y la importancia de cierta zona del mundo tridimensional que abarca, digamos, las cimas nevadas de los montes está lejos de agotarse con lo que perciben nuestros cinco sentidos, es decir, con estas cimas compuestas de gneis, granito y otras rocas y cubiertas de glaciares y hielos. Esta zona tridimensional resulta ser, además, una como semiesfera relacionable con otra zona o, dicho convencionalmente, una semiesfera que posee un número diferente de coordenadas espaciales. Las crestas nevadas –inanimadas, inhóspitas y estériles en su muerto esplendor– constituyen sólo una de las dos semiesferas o dos capas de un sistema estrechamente enlazado. La otra semiesfera o, mejor dicho, la otra capa suya, tiene dimensiones diferentes. Es el país de espíritus encarnados de sorprendente majestad, semejantes a reyes de las cumbres nevadas. Se llama **Orliontana**.

Orlontana, transparentada en la corteza de la substancia tridimensional, produce esa impresión de regio sosiego, poderío y fulgor que observa en las cimas nevadas cualquiera que sepa percibir en esta belleza al menos un poco de la inspiración de las fuerzas del mundo transfísico. Orlontana, contemplada por la visión espiritual, son cimas montañosas en la gloria espiritual. Las cumbres accesibles a nuestros ojos físicos no son sino frutos de la poderosa existencia creadora –que comprende millones de años– de estos entes, los elementales de Orlontana. Cuando el alma humana, que entraña los efectos del largo estado de incredulidad, se retira en Olirna, entre sus montes semitransparentes, es su visión que penetra en la capa de Orlontana la que ayuda a anular el último rastro de la ciega reserva y rutina, iniciándola en la comprensión de la multiplicidad de capas y en la grandeza espiritual del Universo.

Pero a diferencia de Orlontana, la mayoría de las capas de los elementales son locales, o sea que su espacio no tiene extensión cósmica. Mejor dicho, ni siquiera se extiende a los límites del Sistema Solar, como ocurre en los mundos de los shrastrés. Por eso en la mayoría de estas capas no hay firmamento y se parecen a ciertos oasis con algunos vacíos de por medio. Se separan entre sí, como los shrastrés, por el distinto número de coordenadas temporales.

Se denominan elementales las mónadas que hacen su camino del devenir en Shadanakar básicamente por los reinos de la Naturaleza. No se olvide, además, que la humanidad también es un aspecto del singular reino de la Naturaleza. Las fuerzas espontáneas de los elementos que bullen en ella, y sin las cuales es inconcebible su existencia, expresan –aunque no agotan– este aspecto. No es de extrañar, por ello, que haya elementales no relacionados con la naturaleza en la acepción general de la palabra, sino con la humanidad, con su aspecto natural y espontáneo de los elementos.

Hay entre los elementales multitud de Yo espirituales de naturaleza luminosa, demoníaca y también grupos intermedios cuya esencia fue temporalmente ensombrecida durante su evolución. Pero a todos los une su relación directa con los reinos de la Naturaleza tan estrechamente

como no ocurre con nadie más. Ello no significa, por cierto, que la mónada de algún elemental no pueda encarnar en un humano, un daimon o un ángel, en algún momento de su evolución. Esto es muy posible. Como también lo fue que algunas mónadas humanas empezaron a crear su forma en tiempos inmemoriales con materialidades más densas, no en las capas humanas, sino en la sacuala de los elementales o en la de los ángeles. Pero fue para ellas un período relativamente corto. Para algunos elementales, sus encarnaciones en forma humana o cualquier otra también son muy efímeras.

Si excluimos de la esfera analizada el reino animal y el mundo de los árboles, resulta que los elementales adoptan su forma más densa en las sacualas que llevan su nombre. Los elementos de la naturaleza en Enrof –agua, aire, tierra, vegetación, capas minerales del magma y, finalmente, “la potencia vital” (*arungviltá-prana*) cuya presencia es la condición indispensable de toda vida orgánica en Enrof– en su mayor parte no es la carne de los elementales, sino más bien el cerco externo del medio en el que permanecen, al que impregnan, mueven y transforman; la arena y el material de su creación, su alegría o su ira, su lucha, juego y amor. Y la propia carne de los elementales posee, en general, un carácter cambiante: los límites de las formas son inestables y susceptibles de interpenetración. Pero ello no es válido para todos los elementales, y cada caso será comentado.

Empiezo con los elementales de naturaleza demoníaca sólo porque con su “demonidad” se suman a las capas de la infrafísica cuyo panorama, gracias a Dios, pronto dejaremos. Luego, tras algunas palabras sobre el grupo intermedio, finalizaremos, con alivio, la descripción de las capas penosas o ensombrecidas y concluiremos el examen de la branfatura –después de analizar las capas de los elementales luminosos– con la relación de los mundos supremos que fulguran espiritualmente a inaccesibles alturas, en el sanctasanctórum de Shadanakar.

Existe una región de terribles y violentos elementales del magma que será casi la última en alcanzar la iluminación: **Shartamahum**. Debe entenderse como zona donde encarnan los entes cuyos sheltés están, entre una encarnación y otra, en el océano infraférreo de Fukabirn pero no

padecen los tormentos que se deparan a las almas humanas caídas allí. Y los magmas físicos, como ya he dicho, son el cerco externo del medio que habitan cuando encarnan en Shartamahum, la arena y el material de su creación, su ira y lucha. Durante la actividad volcánica, terremotos y cataclismos geológicos, los elementales de Shartamahum escapan de las profundidades subterráneas de aquella capa a lo que es como su superficie; así arrastran raudales de lava en Enrof, procedente de las entrañas de la tierra hacia arriba, destruyendo todo lo vivo. Pero esto sólo es un resultado indirecto, casi casual, de su actividad. No les importan lo más mínimo los seres vivos en Enrof, simplemente no los perciben y si los percibieran no les comprenderían. El sentido directo de su actividad ha de buscarse en un plano muy diferente y nos resultará más claro si nos imaginamos qué habría sido del globo Terráqueo de haber terminado la actividad de Shartamahum hace millones de años. Subjetivamente, la actividad de estos elementales no es más que un desenfreno agitado, la furia salvaje que ignora todo control y se deleita con la conciencia de su fuerza e impunidad. Pero objetivamente resulta que este desenfreno transforma la fisonomía de la Tierra en Enrof, provoca procesos formadores de montañas, cambios de los regímenes predominantes tanto marítimo como continental, así como la evolución respectiva del reino animal y vegetal y, en definitiva, creó premisas para la aparición del hombre. La acción rabiosa y violenta de los elementales demoníacos en parte se convierte, por mediación de las Fuerzas Providenciales, en un bien, sacándose de aquella acción cierto resultado positivo.

Pero hay también elementales que no han dejado obtener hasta ahora un resultado positivo de su actividad. Son, por ejemplo, los elementales de ciénagas, pantanos, matorrales tropicales, etc. La capa donde permanecen, llamada **Gannix**, se parece a una negrura submarina. Y entre una encarnación en Gannix y otra, sus almas se encuentran en el más tenebroso de los mundos del núcleo terrestre, en Ytrech. En cuanto a Gannix, ¿no sintieron acaso su existencia muchos pueblos en los albores de su historia, hasta que otras aspiraciones del espíritu eclipsaran, extinguieran en ellos aquel sentimiento? ¿No sienten algunos la existencia de Gannix, acaso, hasta hoy? Las leyendas de pérfidos seres

de rostros variados o más bien sin rostros, que sólo usan antifaces y atraen al hombre a lugares nefastos, se deben a este mundo. Se esconde no sólo tras las zonas tridimensionales de las ciénagas y pantanos, sino también en las cortezas heladas de la taiga siberiana, en los esteros y tremedales del centro de Rusia. Los elementales de Gannix, negros, arremolinados y absorbentes en la oscuridad, tienen la culpa de la trágica muerte de la cultura Australiana, junto con los elementales de los desiertos.

No son menos hostiles al hombre, y a todo lo vivo, los elementales de los macizos arenosos, cuya capa de encarnación se llama **Swix** y se parece a un desierto en pleno simún. Entre una y otra encarnación en esta capa, los elementales de los desiertos permanecen en Shim-big, donde agravan los sufrimientos de las almas humanas que pasan por este túnel infrafísico, atormentándolas como torbellinos pegajosos. El desierto en sosiego, cuando los elementales de Swix se fatigan o se adormecen, muestra a los ojos humanos una extensión tan majestuosa, lejanías tan diáfanas y apacibles y el cielo se abre encima con una divinidad tan obvia, que quizás no hay en Enrof otras regiones más apropiadas para contemplar al Uno. Es fácil comprender por qué el preciso monoteísmo surgió y se afianzó justamente en los países de grandes desiertos. Pero el desierto es ambiguo. Y las huellas de los torbellinos de arena que enturbian el semblante del cielo, huellas de los elementales de Swix que ensombrecen el semblante del Uno, pueden discernirse hasta en las páginas de los monumentos de la revelación mundial como la Biblia y el Corán.

En los mundos tenebrosos del núcleo terrestre, permanecen –cuando desencarnan– también otras almas: de los elementales lúgubres, rutinarios, sombríos y codiciosos de las profundidades marinas. La región donde encarnan, **Nugurt**, esperará su iluminación muchísimo tiempo, hasta fines del segundo eón. Pero si las fuerzas de Shartamahum escapan a la superficie durante las erupciones, los efluvios de Nugurt suben poco a poco desde la oscuridad abismal atravesando el mundo bañado en luz de los maravillosos elementales de altas capas del mar. En el océano abierto los efluvios de Nugurt son más intensos porque allí las profundas capas oscuras son más espesas y macizas que en los mares de poca

profundidad. Dichos efluvios no nos amenazan físicamente pero la constitución anímica de nuestro ser cae bajo su acción asoladora y agravante. Todo ello lo podrían observar muchos marinos si pertrechan su mente con el análisis transfísico.

Existe también otro mundo de los elementales demoníacos que parece estar aparte, pues no se vincula a los elementos de la Naturaleza sino al elemento de la humanidad. Se llama **Duggur** y cabe recordar este nombre porque allí reinan los demonios de las grandes ciudades de Enrof, sumamente peligrosos para nuestra entidad anímica.

Como Agr o Bustwich, la estructura de Duggur consiste en una esfera oceaniforme de vapores oscuros, que nadie habita, y en raras islas que se vinculan espacialmente con las urbes-gigantes del mundo tridimensional. El paisaje es intensamente urbanístico, incluso más que en los shrastres, porque allí no hay montes ni mares de lava ni vegetación, pero tampoco existe el colorido de las tinieblas ni las luminiscencias púrpuras. Todo el espectro de nuestro mundo está presente también allí, mas predominan tonos de azul turbio, gris azulado, grisáceo, azulado lunar. Incluso el firmamento se ve desde Duggur, pero de todas las lumbreras celestes sólo se percibe la Luna, porque su espacio se extingue poco más allá de la branfatura lunar. Mas también la Luna tiene allí un aspecto muy diferente del habitual, pues de todas las capas de su branfatura los moradores de Duggur sólo ven la que habita Voglea, el gran demonio lunar.

El ruso no tiene la voz en femenino indispensable a la hora de hablar sobre mundos como Duggur, sin embargo, aunque el vocablo "demonia" no es habitual ni musical, tendré que usarlo.

Sobre las demonias de las grandes ciudades de nuestra capa pesa, en Duggur, una materialidad gigantesca. Estas encarnaciones son en parte antropomorfas, pero sólo en la medida en que pueden parecerse al hombre las inmensas moles casi incapaces de moverse. En cada ciudad de Duggur hay una sola demonia; y la población urbana se compone de los demonios menores de ambos sexos cuyos tamaños y formas apenas difieren de los humanos. Como abejas en torno a la reina, pululan en torno a su soberana; pero su objetivo, sólo en parte, es ayudarla, lo

principal es el placer; el sentido y objetivo de ella no es procrear (esto se hace sin ella) sino satisfacer la lascivia de sus súbditos. Para las demonias se han creado grandiosas moradas; en cada ciudad de Duggur hay una morada con forma de pirámide truncada, parecida a un altar monstruoso. Duggur no sólo es grandioso, hasta es majestuoso a su manera y, en todo caso, suntuoso. Como en los shrastres, allí existe un equivalente de la maquinaria humana aunque su nivel podría compararse con el de nuestras grandes urbes de la antigüedad. La organización social evoluciona muy despacio, poco a poco comienzan a manifestarse algunos indicios de lo que el lenguaje de los conceptos humanos define como autogobierno. Pero la base socio-económica es todavía la esclavitud, siendo esclavos allí los caídos de la humanidad o de algunos mundos de otros elementales. La situación de los demonios menores de Duggur se parece a la de los patricios y caballeros de la Antigua Roma. No diría que sean especialmente crueles pero su lascivia es desmedida, como en ningún ser de Enrof. Al dominio de las grandes demonias no lo podrían conmovier rebeldías de ninguna clase, porque su existencia no se basa en el miedo sino en la lascivia que les profesan millones de súbditos y en el placer que se les brinda como premio por su obediencia y amor.

Las demonias de Duggur se entregan de cuerpo a muchedumbres enteras a la vez en sus moradas, mitad palacios y mitad templos. Allí se celebra una orgía incesante, casi incomprensible para nosotros, para la gloria de la reina demoníaca de la Luna, cuyo influjo sentimos a veces también los humanos en las noches urbanas de luna. Este influjo se mezcla con el influjo puro y atractivamente sublime de la luminosa Tanit, excitando en el ser humano una añoranza de tales formas sexuales de placer que en Enrof no existen. En Duggur sí existen. En Duggur se ha elaborado una escala casi infinita de estas formas, tan variadas como en ninguna otra parte de Shadanakar. La influencia de Tanit casi no llega allí, de la luz solar ni siquiera tienen idea, todo está sumido ora en una penumbra grisáceo-azul, ora en la luz de la Luna -pálida azulada, cambiante con destellos violetas- y nada impide el desenfreno de las pasiones provocadas por la demonia lunar Voglea. De las incesantes orgías que se celebran en los palacios-altares de Duggur suben hacia ella nubes de emanaciones y las embebe. Pero nada puede satisfacer a

los incontables habitantes de estas ciudades porque les atormenta una lujuria tan profunda que pocos de nosotros entenderían: la lujuria mística que les atrae hacia algo para ellos inaccesible, la Gran Ramera. Es su diosa, su añoranza y sueño. La adoran en el culto supremo. En los días de las fiestas consagradas a ella las demonias soberanas se entregan a los esclavos. Pero aquella lujuria mística puede satisfacerse sólo en Digm, en la morada de Gagtungr, y sólo los elegidos son dignos de ello.

Las fuerzas vitales de la incontable población de Duggur se reponen a cuenta de nuestra capa: el efluvio de la lascivia humana y en parte de la animal, el llamado *eifos*, que pasa despacio y viscoso en arroyos blanquecinos por las calles de Duggur; y lo embeben. Este alimento responde a su propio ser, ya que la lascivia es el sentido, el fin, el contenido y el pathos de su vida. Los placeres que experimentan son mucho más intensos por su agudeza que los que podamos sentir nosotros. Siguen un círculo de reencarnaciones y para ellos es en verdad un círculo vicioso: cada vez, entre una y otra encarnación de su alma, se sumergen en Bustwich, adoptando la forma de hombres-gusano y devorando vivos a los humanos que penan en aquel mundo de eterna putrefacción. Y sin embargo el placer que les proporciona la lascivia, incluso la insaciable lujuria mística hacia la Gran Ramera, lo consideran tan inmenso que están dispuestos a pagar con la estancia en Bustwich los desenfrenos y las orgías que gozan en Duggur.

La única lumbrera de Duggur, su sol, es la Luna; así que la mayor parte del tiempo esta capa permanece sumida en las tinieblas. Entonces se enciende el alumbrado artificial: largas cadenas de farolas opaco-azules y lilas se extienden en guirnaldas interminables a lo largo de edificios suntuosos, macizos. En la arquitectura domina la línea redondeada pero no evita la pesadez de sus formas. La decoración exterior e interior de los edificios es ruda y de mal gusto, pero impresiona con su opulencia, con una suntuosidad que salta a los ojos. Arquitectos, artistas, hasta científicos, sin hablar ya de los obreros, pertenecen a la clase de los esclavos. La población básica, demoníaca, de Duggur es tan impotente en lo intelectual y artístico como talentosa en lo lascivo.

Para un alma humana, despeñarse a Duggur entraña un peligro temible. Se despeña el alma que durante la vida de Enrof ansió y se corrompió con la lujuria del más allá, con la misma lujuria mística que sienten los demonios menores de Duggur hacia la Gran Ramera. Ni estando en Bustwich logra semejante alma recobrar el debido equilibrio entre el pesado cuerpo etérico y el medio circundante. El alma, con todas sus envolturas, se precipita a Rafag donde la espera un nuevo desplome: a Duggur, el mundo con que soñó confusamente en la tierra. Allí, en Duggur se la reviste de karroj, denso cuerpo material parecido al físico pero creado con la materialidad de los mundos demoníacos que generan las jerarquías tenebrosas de la metabranfatura y Gagtungr. La salvación de un alma esclava en Duggur por las fuerzas de la Luz choca con unas dificultades excepcionales. Pero hay un acto que depende de la misma alma humana y que puede abrirle el camino hacia la salvación: el suicidio. Siendo pecado en Enrof, donde la materialidad fue creada por las Fuerzas Providenciales y se prepara para la iluminación, el suicidio en las capas demoníacas se justifica porque destruye el karroj y emancipa el alma. Pero si ese acto no se comete, y las luminosas fuerzas de ayuda quedan derrotadas, el alma después de morir en Duggur vuelve a Bustwich y luego de nuevo a Duggur, pero esta vez ya no como esclava sino como privilegiada. El shelt se demoniza gradualmente, se atasca en la rueda de las encarnaciones entre Duggur y Bustwich y puede suceder que la mónada, por fin, lo rechace. Entonces cae a Sufetj, el cementerio de Shadanakar, y muere allí para siempre mientras la mónada abandona nuestra branfatura para volver a empezar su camino en otros extremos del Universo. De las almas -pocas por cierto- que murieron para siempre en Sufetj, la mayoría fueron víctimas de Duggur precisamente.

La descripción de Duggur puede concluirse con un pequeño detalle. En el Dugguro-Petersburgo, lo mismo que en Drukkarg, lo mismo que en la Rusia Celestial, existe un doble o, mejor dicho, un triple de la enorme estatua del Jinete. Pero allí el Jinete no galopa sobre un rarugg, como en la capital de la antihumanidad rusa, ni tampoco, desde luego, sobre un corcel blanco celeste como en la San-Petersburgo celestial. Allí es la estatua del fundador de aquella urbe infernal, extendiendo la

mano con una antorcha que flamea y humea violentamente. Otra diferencia de esta figura consiste en que no galopa sobre un caballo, sino sobre una serpiente gigantesca. Quizás ahora el lector de este libro entenderá a qué y a quién se refiere Alexandr Blok en su poema lleno de genuina clarividencia:

*Bajarán las densas noches,
La serpiente extenderá remolinos sobre las casas.
Y en la estirada mano de Pedro
Danzará la llama de la tea.*

*Se encenderán hileras de farolas,
Brillarán vitrinas y aceras.
En el centelleo de plazas deslucidas
Caminarán filas de parejas.*

*A todos cubrirán las capas de la sombra,
Una mirada se hundirá en otra que la atrae.
¡Que la inocencia languidezca e
Implore clemencia en un rincón!*

*Allí en la roca, un rey alegre
Agitó el pestilente incensario,
¡Y el quemado urbano ha revestido,
Cual casulla, aquel farol atractivo!*

*¡Corred todos a la llamada! ¡a la caza!
¡A las encrucijadas de las calles de luna!
La ciudad se llena toda de voces,
¡Gritonas masculinas, y femeninas en cordel!*

*Él cuidará de su ciudad,
Y destellará, ante la aurora,
La espada escarlata en la mano extendida
Sobre aquella capital que se aquieta.*

Que en la mano del fundador de Duggur tarde o temprano destellará, no la tea, sino la espada del castigo, la espada del karma, esto se entiende. Y cada alma humana que ha estado en aquella ciudad lunar y oscura no puede dejar de recordarlo, aunque muy confusamente. Lo que se entiende menos es otra cosa: ¿en qué medida el propio Blok comprendía las interconexiones existentes entre Duggur y nuestro mundo? Al respecto esbozaré algunas notas en los capítulos del libro dedicados al sentido metahistórico de la genialidad artística.

En cierta combinación con Duggur se hallan capas de los elementales que no pertenecen al grupo demoníaco sino al intermedio. Sus mónadas, como también las de otros elementales de naturaleza luminosa, están en uno de los mundos maravillosos de Alto Deber, en Fliuros. Pero como tienen ensombrecida su naturaleza en su curso evolutivo, el camino de la encarnación los lleva a capas de los Nibruscos, a Mániku, Kataram y Ron, y los purgatorios y abismos de tormento se les reemplazan con Duggur donde arrastran sus días en la esclavitud. Y las postrimerías ascendentes las llevan primero a Shalem, que es para ellos como nuestra Olirna, y luego –vía Fayr y Usnorm– a Fliuros, donde se unen con sus mónadas.

Los **Nibruscos** son entes como intermedios entre los demonios menores de Duggur y lo que los antiguos romanos imaginaban bajo el nombre de los “genios del lugar”. Ningún poblado humano puede existir sin los nibruscos. Todavía no veo claro cómo y por qué, pero ellos se interesan por el lado físico del amor humano y especialmente por nuestra procreación. Quizás algunos efluvios del alma humana, en estados propios de la primera y temprana infancia, guarden cierta relación con la reposición de las fuerzas vitales por los nibruscos. En todo caso, este interés es indudable. Gestionan, a su manera, ayudando en nuestra capa a que los hombres y las mujeres intimen, se alegran ruidosamente con nuestros hijos, se agitan afanosos sobre ellos tratando de preservarlos de los peligros que no vemos. Pero son caprichosos, impulsivos y vengativos. No siempre se puede confiar en ellos.

Que los sabios de nuestro siglo, confinados a voluntad en la cárcel materialista, ironicen desde la altura de su ignorancia sobre las

supersticiones de los salvajes; pero los cuentos de duendes, penates y lares, de los pequeños genios del hogar familiar, bondadosos y traviesos, encierran una verdad profunda. El paganismo antiguo la conocía mucho mejor que nosotros, mejor que los hebreos y los mahometanos, mejor que los cristianos que falsearon y calumniaron a estos entes inofensivos. Los chismes sobre los duendes asombran con su injusticia. Suele inventar semejantes habladorías un solo espíritu, el que caracteriza a los fanáticos del monoteísmo, santurrones y fríos moralizadores que tildan de espíritu maligno todo lo que no encaja en su canon. ¡Con cuanta mayor objetividad trataron a estos seres los antiguos, que veían en ellos a sus fieles amigos, lares y penates!

La región de estos elementales menores que buscan refugio junto a las viviendas humanas se denomina **Mániku**. Los paisajes de este mundo se parecen a una habitación y no les falta comodidad acogedora. Pero afuera reina el frío y las tinieblas, y Dios no quiera que estos seres sean expulsados de los refugios calientes. Las formas de sus encarnaciones no son como en la mayoría de los elementales: no tienen nada que se parezca a flujos en trasiego o visos. Al contrario, son como los nibruscos o como los habitantes de Duggur, poseen un cuerpo denso, de silueta precisa, casi diría cuerpecito. Son diminutos, alegres y pilluelos, y algunos activamente buenos. Son una especie de filántropos, les encanta hacer pequeños favores a la gente, sin que nadie se entere. Por cierto que hay otros que se permiten, con los hombres, unas bromas más o menos inofensivas. En general, nos tratan de manera selectiva pero se esmeran en cuidar y proteger la casa como pueden. Porque en caso de su destrucción se destruyen también sus refugios en la capa de Mániku y las pobres criaturas en su mayoría perecen. Sólo muy pocos logran llegar a otro refugio.

De **Kattaram**, región de los elementales del reino mineral relacionados con la parte superior de la corteza terrestre, casi no puedo decir nada: no tengo experiencia personal al respecto y mis amigos invisibles sólo me han dicho pocas palabras sobre este mundo. Supe sólo que el paisaje de Kattaram –vacíos subterráneos entre los metaminales luminiscentes– tiene una belleza fantástica pero nos parecería mortecino. La población de Kattaram es muy variada (recordemos a la *Señora del*

Monte de Cobre, por un lado, y a los trolls, por el otro) y el contacto con estos elementales puede entrañar, aunque no siempre, peligros del más allá. Menos aun conozco **Ron**, cuyo paisaje se parece al de Kataram pero se enriquece con el reflejo del cielo, aunque sólo es un reflejo. Se trata de la región de los elementales montañosos, mundo abigarrado de entes que a menudo se enemistan entre sí.

La última o, mejor dicho, la superior de las capas de esta sacuala es **Shalem**, una especie de Olirna para los elementales de las cuatro capas anteriores. El paisaje es comparable, en parte, a unos robles colosales en medio del desierto. En los centros del paisaje predominan tonos verdes y azules, y más hacia la periferia amarillentos y grises. Allí los elementales se hacen bastante luminosos, majestuosos. Y allí no les espera la muerte sino una trans-formación, que lleva a Fayr y Usnorm y que adquieren a cambio de una inmovilidad corporal casi absoluta, la cual se recompensa con la contemplación espiritual profunda y concentrada en que permanecen inmersos. Algunos pueblos de nuestro mundo sintieron la existencia de estos entes, que eran entendidos como espíritus de montes, cataratas, manantiales y desfiladeros aislados. En realidad no son espíritus, sino entes bien encarnados cuyo vínculo indisoluble con los desfiladeros de Enrof sólo es aparente ya que se condiciona por su inmovilidad, que los antiguos interpretaron según el nivel de su comprensión de tales verdades. Y la verdad consiste en que si el manantial se seca, la catarata se corta, o la montaña se destruye por un terremoto, los elementales de Shalem seguirán inamovibles en su lugar hasta que su trabajo interno en la entidad propia les conduzca al momento de la trans-formación.

2. Elementales luminosos

Habré cansado con la relación de capas cada vez más nuevas, con la introducción de nuevos y nuevos nombres. Ya faltan pocos porque el resumen de la estructura de Shadanakar toca a su fin, pero quisiera

dar a entender que no introduzco todos estos nombres para entretenerme o por capricho. Por muy insólitos que parezcan ahora, y por mucho que se le antoje a la mayoría un juego vano de la imaginación, llegarán tiempos en que cada colegial de cierto grado aprenderá estos nombres firmemente, como domina hoy los de las repúblicas latinoamericanas o las provincias de China. Si pensara de otro modo jamás me atrevería a fijar en estos nombres la atención de los lectores. ¿Qué sentido tiene confeccionar la “geografía” o la “geología” de algún planeta del sistema de Aldebarán si nadie jamás llegará a él y nuestros descendientes lo divisarán tal vez como una estrellita apenas visible? ¿Quién necesita un invento como éste? Sin embargo la metageografía de Shadanakar, aunque ahora hace falta a pocos, pronto la necesitarán cientos, y algún día quizás millones. También la geografía convencional la necesitaban muy pocos hace tan sólo doscientos años, en tiempos de la señora Prostavkova.

Cuán feliz estoy de terminar nuestro descenso a los mundos demoníacos y llegar a capas de entes maravillosos, sin duda benignos para el hombre. Pero describir algo luminoso y del más allá siempre es mucho más difícil que describir lo tenebroso y demoníaco. Temo no poder evitar la suerte de la mayoría de los escritores que encuentran fácilmente colores y palabras para las imágenes sombrías o penosas, y sufren la escasez de medios expresivos cuando se trata de los fulgores celestes.

Justamente fulguran y resplandecen en el elevado Fliuros las mónadas de los elementales luminosos que desde allí extienden sus sheltes, cual rayos, hacia los zatómises para concentrar en torno suyo la materia iluminada: son sus almas revestidas de velos astrales. En los intervalos que median entre las encarnaciones estas almas quedan allí y, encarnando en mundos de los elementales luminosos, concentran a su vez en torno suyo una materialidad de substancia más densa, la etérica. Enumero estos mundos en el presente capítulo. Ningún elemental luminoso, menos los de Arashamf, conoce la procreación, como tampoco conoce la encarnación en Enrof. Cada uno se reviste sólo de tejidos del mundo cuatridimensional: es la encarnación que no exige procreación. Y después de una cadena de encarnaciones cada elemental, en vez de

la muerte de turno, vive una trans-formación que lo conduce a Fayr y Usnorm.

Perciben Enrof, y en particular a los hombres, con el tacto y con un sentido que los humanos no tenemos. Y claro que el hombre no les es indiferente: nos tratan a cada uno de nosotros de acuerdo a la actitud que tenemos ante la Naturaleza. Y ya he dicho que es más correcto concebir los elementos de Enrof como el cerco concéntrico, exterior, de su medio habitado. Creo que sólo la poesía y la música han sabido hasta ahora expresar esta interrelación entre los elementales y los propios elementos, esta fascinante vida suya que está llena de alegría, juego, amor y gozo. Baste recordar las páginas geniales de Wagner, el llamado *Susurro del bosque*, donde ya no es el viento que pasa sobre un mar de árboles y las praderas florecientes, sino los elementales mismos besan con este viento unos a otros y a la bella tierra.

Los cuentos alemanes de elfos no son cuentos: la capa que habitan los pequeños seres bondadosos y encantadores, semejantes a los elfos, existe en realidad. Podemos llamarlo asimismo: el **País de los Elfos**.

La capita superior de la corteza terrestre que oculta las raíces y semillas de las plantas, muy fina, tiene en los mundos transfísicos su país correspondiente y maravilloso, **Daraínna**, región de los espíritus benignos que cuidan las raíces y las semillas. Su paisaje puede parecer mágico: las semillas y raíces se iluminan suavemente con dulcísimos matices de azulino, plateado, verdoso; en torno a cada grano titila suavemente un aura viva. Los habitantes de Daraínna son seres minúsculos que se parecen a unos sombrerillos blancos; cada uno tiene encima otro sombrerillo menor, como una cabecita; tienen un par de extremidades tiernas y hábiles, algo intermedio entre manos y alas. Flotan suavemente en el aire susurrando con los pliegues de sus sombrerillos –es su habla, su forma de comunicación– y sobrevuelan hechizando las semillas y las raíces como si fueran cunas. Conocen los enigmáticos procesos que permiten a una semilla diminuta crecer y transformarse en un árbol grande con toda la complejidad de sus formas. Si no fuera por su ayuda, las fuerzas oscuras habrían tenido acceso a estas cunas y convertido hace tiempo la superficie terrestre en unos

matorrales intransitables de formas monstruosas, sustituyendo a la vegetación con vampiros carnívoros y repugnantes.

Si se ahonda en el suelo de Darainna se llega finalmente a Ron o Kattaram.

Corresponde a la capa baja de los bosques, integrada por musgos, hierbas y arbustos, la capa denominada **Murohamma**. La morada de los elementales de los árboles se llama **Arashamf**.

No, no son dríadas. Quizás hayan existido seres similares a los que fueron llamados así por los antiguos griegos, pero no los conozco. Los elementales de Murohamma y Arashamf no se parecen en nada a los hombres ni a ningún otro ente de nuestra capa. Las almas de los árboles aislados existen en los zatómises; allí son racionales, altamente bellas y sabias. Los hermanos de los Sincretis se comunican con ellas plenamente: es un intercambio de ideas, sentimientos y experiencias de la vida. Pero en Arashamf ellas se revisten de cuerpos etéricos y se sumen en el letargo. Los árboles de Enrof son sus cuerpos físicos. Cada elemental de Arashamf ha atravesado una multitud de encarnaciones; los años de su existencia en Enrof pueden totalizar para muchos de ellos cifras enormes que se aproximan al millón. Y el paisaje de Arashamf recuerda unas llamas verdosas que se bambolean suaves, aromáticas y tibias. Algunas son virtuosas como los hombres justos, y nos tratan con benevolencia. Son pacientes, tranquilas y humildemente sabias. A veces celebran algo selemne: se inclinan todas hacia un lado. Todo el bosque etérico se vuelve flamas que se doblan y enderezan suavemente, trasegando en oleadas; entonan a coro cierto himno de alabanza. A veces participa en ello también la capa de Murohamma, que presenta el mismo espacio verdoso pero aun más espeso, oscuro, caliente y más cariñoso.

Cualquiera recordará fácilmente cómo en un amanecer estival o un mediodía de primavera pasan brisas suaves que besan la tierra. Besan la tierra con sus hierbas, trigales y caminos, árboles, superficie de ríos y lagos, hombres y animales. Son los elementales de la capa denominada **Vayíta** que se alegran de la vida. Se deleitan con nosotros y las plantas, las aguas y el Sol, se deleitan con la tierra fresca, caliente, suave, dura, alumbrada o semioscura, la acarician y la miman. Y si pudiéramos ver Vayíta con nuestros propios ojos nos parecería estar sumergidos en unas

olas verdosas, fragantes y juguetonas, totalmente transparentes de un “fresco-tibio” y, lo principal, vivas, racionales y alegrándose con nosotros.

Cuando en un día cálido hundes la cara en la hierba de un prado en flor y te marcas con los aromas melosos, con la respiración de la tierra y las hojas calentadas, y unos hálitos apenas perceptibles de luz y calor pasan sobre los prados, son los elementales de Vayíta que juegan y celebran la vida junto con los hijos de **Faltora**, región de los elementales de prados y campos. Nos liberamos entonces de cualquier pensamiento turbio, parece que hemos recobrado el paraíso perdido; los hálitos puros destierran del alma el polvo de los “afanes cotidianos”, y no sentimos sino el amor absoluto por la Naturaleza.

En las aguas corrientes de los pacíficos ríos trasluce un mundo de gracia indecible. Existe una jerarquía especial, hace mucho tiempo que suelo llamarla “almas de los ríos” aunque entiendo ahora que no es la expresión exacta. Cada río posee semejante “alma”, única y peculiar. Percibimos la capa exterior de su carne del eterno fluir como las corrientes del río; su genuina alma está en la Rusia Celestial, o en otro país celeste si pasa por las tierras de otra cultura de Enrof. Pero la capa interna de su carne etérica, que ella impregna con mucha mayor viveza y en la que se manifiesta con una conciencia casi plena, está en un mundo contiguo a nosotros que se llama **Liurna**. La beatitud de su vida consiste en que entrega sin cesar ambas corrientes de su carne fluida al gran río, y éste al mar, pero su carne no se agota fluyendo siempre del origen a la embocadura. Imposible hallar palabras para expresar el encanto de estos seres tan alegres, rientes, graciosos, límpidos y mansos, que no hay dulzura humana comparable, salvo, quizás, la de algunas hijas humanas más luminosas y entrañables. Y si nos toca en suerte sentir a Liurna con alma y cuerpo, sumergiendo el cuerpo en las corrientes del río, el cuerpo etérico en las corrientes de Liurna y el alma en su alma que fulgura en el zatomis, uno sale a la orilla con el corazón tan puro, iluminado y alegre, como podría tenerlo el hombre antes de la caída.

Vlanmim, región de los elementales de las capas superiores del mar, se parece, en parte, a Liurna por su acción sobre el alma humana. El

paisaje de este mundo es el océano, de un color azul vivo, que se agita rítmicamente –no existe en Enrof un azul tan vivo y dulce, tan delicioso– y sus olas no florecen con la espuma sino con unas esferas caladas de blanco lechoso que se parecen a grandes flores: las flores se abren y se disipan ante los ojos, se vuelven a abrir y se disipan de nuevo. Los elementales de Liurna son de naturaleza femenina; los de Vlanmim, masculina, pero esto no tiene nada que ver con la procreación, aunque la unión del río con el mar es una expresión del amor existente entre los elementales de estos mundos. Vlanmim también puede hacernos más sabios y puros pero se abre, por debajo, al influjo de los sombríos elementales del fondo marino –Nugurt– y por eso es más severo. Su influencia se nota en el carácter y hasta en el físico de los hombres que mantienen con él un contacto cotidiano, aunque sea más allá del umbral de su conciencia: en los pescadores y, parcialmente, en los marineros. Estos últimos, por cierto, muestran demasiado la impronta de otros elementales, nada luminosos: de los señores de Nugurt, por un lado, y de los Nibruscos y Duggur, los elementales de las grandes ciudades portuarias, por el otro. Y los pescadores reciben con los efluvios de Vlanmim una cualidad que les distingue de otra gente: la combinación de la pureza, valor y fuerza tosca, un poco cruel, con la entereza infantil del alma.

Por doquier, sobre la tierra y los mares, se extiende **Zunguf**, región de los elementales de la humedad aérea, creadores de nubes, lluvia, rocío y niebla. Zunguf no se separa por un límite definido de **Irudrana**, región de los elementales cuya actividad se manifiesta en Enrof a través de tormentas y, en parte, con huracanes; ambas capas se trasiegan una en otra, como también sus entidades. Se entreaire el trans-mito que despuntó en los antiguos mitologemas de los pueblos evocando en su imaginación creativa imágenes titánicas de los tronadores: Indra, Thor, Perún. ¡Oh, si los antiguos supieran, al aportar a esas imágenes, como a todas, los rasgos humanos, la infinita distancia que separa a estos entes del mínimo parecido con el hombre! Y cuando los torrentes de un aguacero se desploman sobre la tierra y los borrascosos y alegres hijos de Zunguf se alborozan ora arrimándose al suelo y la superficie de las aguas, ora saltando arriba, hacia al aire que bulle con el elemento

acuático, más alto, en Irudrana, se desenfrenan huestes de entes que nada tienen de Thor o Indra salvo la alegre belicosidad: para ellos la tormenta es la creación, y el huracán la plenitud de su vida.

Si en medio de un suave frío invernal nieva silenciosamente o si los edificios y árboles se blanquean con la escarcha, la alegría viva, tonificante, casi extática que sentimos anuncia la cercanía de los maravillosos elementales de **Nivenna**. Espacios níveos, inocentes, de una pureza especial e indecible, así es Nivenna, país de los elementales de la escarcha, las nevadas y el fresco manto de la nieve. Retozando con un regocijo ultraterrenal, semejante al de los elfos, cubren la tierra amada con su velo. ¿Por qué nos imbuimos de tanta alegría de la vida, cuando miríadas de silenciosas estrellas blancas bajan suavemente a nuestro alrededor? ¿Y por qué, al ver bosques y parques urbanos blanqueados de escarcha, sentimos algo en que convergen lo solemne y lo leve, la afluencia de las fuerzas vitales y la admiración, la veneración y el arrobamiento infantil? A los que conservan en el alma el principio eternamente infantil, los elementales de Nivenna les quieren con especial ternura, les saludan y quieren jugar con ellos; hasta la excitación, la pasión pueril que hace bullir la sangre en las venas de los chiquillos cuando juegan tirándose bolas de nieve o deslizan lomas abajo en trineos, les agradan.

Vecino de Nivenna es el hosco y severo **Ajash**, capa de los elementales árticos y antárticos vinculada a las regiones polares de nuestro planeta. Tiene una extensión cósmica y de allí se ve la Vía Láctea. En las respectivas estaciones del año los límites de ambas zonas polares se acercan a los trópicos.

El alma indómita de estos seres, con sus saltos de la contemplación diáfana y cristalina a la furia, con sus impulsos de construir mundos enteros de hielos transfísicos, y con su amor de mirarse frente a frente en las simas abismales de la metagalaxia, ha dejado una huella sorprendente en la naturaleza de las regiones polares que todos percibimos.

Cuando la rotación de la Tierra alrededor del Sol trae el invierno al hemisferio septentrional y abre las zonas de los continentes habitados por los humanos a los elementales de Ajash, éstos irrumpen allí

arrastrando masas físicas de aire ártico, blanden belicosamente sus nevascas y ventiscas por los campos y la taiga, se alborozan en la altura con los anticiclones. No ven Enrof como lo vemos nosotros; tampoco perciben visualmente al hombre. Pero hay entre ellos entes más rapaces y de alma fría, como la Reina de las Nieves anderseniana, que son peligrosos para los humanos; hay también otros que sintonizan la atmósfera anímica de los hombres afines a ellos por su valor, audacia e impavidez. A éstos pueden amarles con un amor extraño que nos resulta inconmensurable. Les arrullan en sus rodillas nevadas, les abren sendas hacia el interior de sus países, les muestran el espantoso esplendor de los velos físicos de su reino y, sin mesurar su grandiosidad con nuestra pequeñez corporal, quieren arroparles con el sudario blanco al compás de sus ventiscas.

Las dos últimas capas de los elementales también poseen extensión cósmica, como el espacio de Ajash. Se trata de **Diramn**, que se relaciona con el océano aéreo estratosférico del cinturón de bajas temperaturas, y **Sianna**, mundo que trasluce a la vista interior en las zonas de altas temperaturas que ciñen nuestro planeta a gran altura. Pero los elementales que moran allí son tan inmensos y tan ajenos a nuestro carácter, que es muy difícil comprender su esencia. Son luminosos pero con una luz temible, fulminante. Sólo un espíritu humano elevado a excepcional altura puede entrar en su reino.

Así es la sacuala de los Elementales Menores. Claro que no son menores en comparación con los hombres porque muchos de estos elementales superan inmensamente, en poderío, a un hombre aislado. Pero sí son menores frente a otra sacuala que se erige como la escalera ascendente de los Elementales Supremos, que son genuinas deidades planetarias. Son verdaderos soberanos. Los elementales menores tiemblan felices al sentir su respiración. La mayoría de los elementales supremos son entes de inefable majestad, maravillosos, altamente benignos. Pero es casi imposible hablar de los paisajes de estas capas, como tampoco de la forma de estos magnos seres: cada uno está presente a la vez en múltiples puntos de su capa.

Vayumn, *Rey de las Alas que Bendicen*, espíritu encarnado del océano aéreo, extiende su dominio desde los extremos de la atmósfera a los precipicios más hondos. Su hermano **Ea**, *Rey de las Aguas Vivificantes* (parece que su otro nombre es **Vlarol**), era venerado ya por los griegos con el nombre de Poseidón y por los romanos con el nombre de Neptuno, pero los que más ahondaron en la caridad y la cosmicidad de su ser fueron los babilonios, que veneraron con un culto magnífico al guardián y señor de las aguas mundiales. Ambos espíritus montan guardia eterna a los orígenes de la vida en toda la Tierra, no sólo en Enrof sino también en muchas otras sacualas. Ambos son tan antiguos como el agua y el aire, y tan inocentes como éstos.

Es aun más antiguo el tercer hermano, **Povurn**, *Rey del Cuerpo Flameante*, porque las creencias de los antiguos en Plutón y Yama implican una realidad muy profunda. El aterrador señor de los magmas subterráneos no está al servicio de Gagtungr; pero su transfiguración parece que será la última de todas, a finales del segundo eón.

Está también el cuarto gran hermano, el menor, **Zaranda**, *Rey de todos los reinos animales* encarnado en su capa heteromaterial. La trágica historia del reino animal en Enrof ha dejado la huella de un dolor profundo, verdaderamente universal, en su semblante. Y por mucho que expliquen los historiadores el simbolismo de la esfinge egipcia, la metahistoria siempre verá en ella un emblema de alguien que combina la naturaleza de la Gran Bestia con una sabiduría superior a la humana.

Los elementales supremos son siete. Dos hermanas divinas comparten las demás esferas del poder: **Estira**, *Reina del Eterno Jardín*, señora de los reinos vegetales de Shadanakar, y **Lilith**, *la Afrodita Popular* de todas las humanidades.

La importancia de Lilith en nuestra existencia es infinitamente enorme. Como en todos los Elementales Supremos, el mundo que habita es indescriptible e incomparable con ninguna de nuestras formas, y su aspecto mismo inmenso. Su cuerpo heteromaterial está uni-presente en multitud de lugares de su capa y sólo en algunos casos adopta una forma perceptible para la visión espiritual del hombre. Aunque ignoro el mecanismo del proceso, sé que sin la participación de Lilith es imposible

formar cuerpo alguno en los mundos de la materialidad densa, menos para los animales cuyas especies forma Zaranda. En todos los demás reinos esta actividad corre a cargo de Lilith: forma la cadena de la familia tanto en la humanidad de Enrof como en los daimones, en los mundos demoníacos, en los raruggos, igvas y habitantes de Duggur. Cada cuerpo densamente material, creado con su participación en los mundos tenebrosos, es karroj.

Es por eso que merece el nombre de escultora de nuestra –y no sólo nuestra– carne. Por eso también, con su existencia e influjo, se relaciona en el hombre la esfera de los sentimientos sexuales. Con Lilith misma, o sus carossas, este principio siempre preside cualquier coito humano y mientras el feto sigue en el vientre materno ella siempre está presente.

Antaño, en la remotísima antigüedad, este elemental fue esposa del Primer Ángel, el magno Espíritu que se erigió en Logos de Shadanakar. En aquellos tiempos se creaban las capas angélicas y Lilith fue la protomadre de esta primera humanidad. Pero Gagtungr supo penetrar en el mundo de Lilith y su sutilísimo cuerpo material acogió cierto elemento demoníaco. Fue la catástrofe. Desde entonces todas las cadenas de familias que forma, sea en los mundos de los titanes, daimones o humanos, acogen en su interior algo de este elemento. La mística hebrea conoce el término de *eizehore*, semilla del diablo en el hombre. Tratemos de usarlo para designar esta maldita semilla tanto en el hombre como en la propia Lilith –que lo lleva en sus entrañas hasta hoy día– y en sus carossas.

Sólo Lilith tiene una mónada y toda la plenitud de conciencia: sus manifestaciones locales, las carossas, incluida la Dingra de Rusia, pese a todo su poderío y estabilidad secular, no poseen sino un equivalente de conciencia, sin mónada alguna. A esas escultoras de la carne física de los pueblos debemos, por cierto, rasgos de similitud, de visible parentesco físico –obvios o casi imperceptibles a veces– que marcan la masa de las fisonomías individuales de un pueblo. Es notorio que en la antigüedad, en Chipre, el culto de la diosa de amor se dividió, en su momento, en dos cultos opuestos: el elevado culto a la Afrodita Urania, de amor espiritual, creativo, poetizado y poetizante, y el culto a la Afrodita Pandemos, cuya traducción aproximada sería *Afrodita de Todo*

el Pueblo. Este culto se esparció ampliamente en los bajos fondos populares, manifestándose en las fiestas orgiásticas y bendiciendo el libertinaje como tributo sagrado a la diosa. Algunas otras culturas también conocen un análogo desdoblamiento y polarización de principios otrora unidos. Muchas más culturas muestran claramente al historiador la etapa posterior: el culto al libertinaje y la mezcla caótica del componente demoníaco y el de los elementales, bajo la falsa máscara de lo divino. La prostitución ritual en Cananea, Babilonia, India y otros países, son fenómenos de este orden. Sobre tales instituciones, sobre las celebraciones de las sectas orgiásticas, sobre las copulaciones masivas, permanecen hasta hoy las carossas de naciones o suprapueblos. Se entiende también que tales fenómenos son imposibles sin la ingerencia de la demonia lunar y las fuerzas tenebrosas de Duggur. Cuando el demiurgo busca crear a un defensor potente y belicoso para oponerse a los que amenazan con el exterminio físico de su pueblo, tiene que descender a la carossa y unirse con ella. El maldito *eizehore* penetra entonces inevitablemente en su engendro común, y la carne envenenada de la carossa da vida a un monstruo ambiguo. Éste es el origen de todos los primogénitos en cada familia de uizraores. Parece que sólo en el segundo eón será posible liberar de *eizehore* a las carossas y a la propia Lilith.

El primero y el último de los Elementales Supremos es la madre de todos los demás, y no solamente de ellos sino de todo cuanto existe en Shadanakar: de todo elemental, todo animal, hombre, daimon, ángel, demonio y hasta de las grandes jerarquías. De seno siempre fértil, ella es la que crea los cuerpos etéricos de todos los entes y participa en la creación de sus cuerpos astrales junto con sus mónadas personales. La caracteriza un amor tierno e inagotable hacia todos, hasta los demonios: les añora y le duelen, pero les perdona. Todos la llaman Mati, hasta los ángeles de las tinieblas y los monstruos de Gashsharva. Ama a todos pero venera sólo a las jerarquías supremas de Shadanakar, en especial a Cristo. Y el Sol la fecunda: tanto en Enrof como en su propio mundo inefable, la fecunda este gran espíritu deslumbrante. A los humanos, su estado anímico, su imagen interior, los percibe, los siente, responde al

llamado de nuestro corazón, responde por medio de la naturaleza y el amor. ¡Bendito sea su nombre! Se puede y debe rezarle con gran humildad.

Bendita sea la hija de la Tierra y el Sol, la bella Luna, y tres veces bendito sea el Sol. Todos permanecemos otrora –con nuestro futuro cuerpo y con nuestra futura alma, junto con todo Shadanakar– en sus immaculadas entrañas. ¡Oh gran dios–lucífero! Te glorificaron en los templos de Egipto y Hélade, a orillas del Ganges y en zigurats de Ur, en el País del Sol Naciente y en el Extremo Oeste, en las altiplanicies de los Andes. Todos te amamos, malos y buenos, sabios e ignorantes, creyentes de diversa manera e incrédulos, los que sienten tu corazón inmenso en su bondad y los que se alegran simplemente con tu luz y calor. Tu deslumbrante Élite ya ha creado en Shadanakar una escalera de capas fulgurantes, y por ella vierte abajo y más abajo, a los mundos de los ángeles, a los mundos de los elementales, a los mundos de la humanidad, cascadas de bienes espirituales. Espíritu maravilloso, iniciador y padre de toda carne, imagen visible y semejanza del Sol del Mundo, icono vivo del Uno, permíteme también aportar esta voz, que sólo tú escuchas, al himno universal que te alaba. ¡Amanos, espléndido!

3. Actitud ante el reino animal

A menudo ni nos damos cuenta de que el criterio utilitario para todo lo existente se ha convertido en algo como nuestro segundo “yo”. Todo en el mundo se valora exclusivamente por el grado de utilidad para el hombre. Pero si ya hace tiempo nos parece absurdo el provincialismo histórico-cultural, erigido en teoría política y autonombrado nacionalismo, el provincialismo cósmico de la humanidad parecerá igualmente ridículo a nuestros descendientes. La leyenda del «rey de la creación», esta herencia de la intolerancia medieval y el egoísmo bárbaro, deberá, junto con el dominio de la doctrina materialista que la protege, disiparse como el humo.

Viene una nueva actitud hacia el mundo: para ella el hombre es un ser en la cadena grandiosa de otros seres; es más perfecto que muchos, pero también más insignificante que muchos otros. Y cada uno de estos entes tiene un valor autónomo, sin que dependa en absoluto de su utilidad para el hombre.

Pero, ¿cómo determinar este valor en cada caso concreto? ¿Qué criterio tomar? ¿Qué jerarquía de valores establecer?

Se puede constatar ante todo que el valor, material o espiritual, de un ente u objeto, aumenta con la suma de esfuerzos que invierte en llegar a ser lo que es. Ciertamente, cuando aplicamos este principio para valorar a los seres vivos, nos convencemos con facilidad de que nos resulta imposible calcular la suma de estos esfuerzos. Pero es posible otra cosa: darse cuenta de que mientras más alto sea el peldaño alcanzado por el ente en la escalera cósmica, más grande ha de ser la suma de esfuerzos (suyos personales, de la Naturaleza o de las Fuerzas Providenciales) gastados en ello. La evolución del intelecto y de todas las facultades del hombre que lo distinguen del animal ha exigido una cantidad de trabajo increíble –tanto de él mismo como de las Fuerzas Providenciales– además del trabajo invertido anteriormente en elevar a los animales de las formas primitivas a las superiores. En ello se basa la jerarquía cósmica de valores, en la medida que podemos comprenderla. De ella se deduce que el valor de un infusorio es inferior al de un insecto; el de un insecto inferior al de un mamífero; y el valor de este último aún dista mucho del de un hombre que, a su vez, no es grande comparado con el valor de un arcángel o un demiurgo de pueblo. Pero el valor de este último, pese a toda su magnitud, se disipa ante el valor de los Señores de la Luz, los demiurgos de la Galaxia.

Si este principio se toma por separado se puede llegar a la conclusión irresponsable de que el hombre puede disponer de todos los inferiores (si él tiene un valor superior significa que la naturaleza misma le ha indicado disponer de sus vidas cómo le sea útil).

Pero ningún principio ético debe analizarse por separado ya que no es absoluto; sólo es un caso particular en el sistema general de principios que definen hoy la existencia de Shadanakar. La contrapartida al principio del valor espiritual puede llamarse principio del deber moral.

En los estadios inferiores al hombre, e incluso en los tempranos estadios de la humanidad, este principio aún no estaba concienciado; ahora ya puede formularse con una precisión bastante alta. He aquí la fórmula: *a partir del peldaño del hombre el deber del ente ante los inferiores aumenta a medida que asciende por los peldaños siguientes.*

El hombre primitivo ya cargaba con un deber ante los animales que domesticaba. No consistía sólo en que debía darles de comer y proteger: éste era un intercambio simple, un deber en el sentido material y no ético, porque a cambio del alimento y techo, el hombre tomaba del animal o bien su trabajo, o bien su leche y lana, o bien la vida misma (claro que en el último caso ya alteraba la proporción natural del intercambio). El deber ético del hombre primitivo era amar al animal que domesticaba y usaba. El jinete antiguo que sentía gran afecto por su caballo, el pastor que no sólo cuidaba su ganado sino que lo trataba con cariño, el campesino y el cazador que querían a su vaca o a su perro: todos cumplían su deber ético.

Este deber elemental ha sido una norma universal hasta nuestros días. Es cierto que algunas almas sublimes que llamamos justos (los hindúes les definen con una voz más exacta: *mahatma*, alma grande) lo entendían como un deber nuevo, mucho más elevado, que dimanaba, naturalmente, de su magnitud espiritual. En las hagiografías abundan episodios de la amistad que unía a monjes y ermitaños con osos, lobos, leones, etc. En algunos casos quizás sean leyendas; pero otros hechos de este tipo fueron registrados con precisión histórica, por ejemplo en los testimonios de la vida de san Francisco de Asís o san Serafín de Sarov.

Por supuesto que un deber tan alto ante los animales es propio sólo del estadio de la santidad; no puede ser destino de la mayoría de los humanos como no lo era tampoco 3.000 años atrás. Pero 3.000 años no es poco tiempo. Nada justifica la tesis de que también ahora estemos condenados a seguir en el mismo deber primitivo que nuestros remotos antepasados. Si el hombre que erraba en el restringido y turbio mundo animista ya podía amar a su caballo o perro, esto es insuficiente para nosotros. El colosal camino que hemos recorrido desde entonces ¿no nos obliga acaso a algo mayor? ¿No podemos amar también a los

animales que no nos brindan una utilidad directa?, ¿y a los animales salvajes, al menos a los que no nos perjudican?

Lo que llamamos sheltas o, si se quiere, almas, es decir el sutilísimo velo heteromaterial que la mónada inmortal crea para sí, lo poseen todos los entes incluyendo el infusorio: sin el shelt es imposible la existencia de materia alguna, como sin la mónada es imposible existencia alguna en general. Pero las mónadas de los animales están en uno de los mundos de Alto Deber, **Kaermis**, y sus almas realizan largos caminos en espiral ascendente por una sacuala especial de varias capas. Encarnan aquí, en Enrof, pero muchas no tienen postrimerías descendentes. La ley del karma gravita también sobre ellas, pero para ellas es diferente; desatan nudos sólo en Enrof, en los caminos de incontables encarnaciones dentro de la clase, con una lentitud increíble.

El designio inicial de las Fuerzas Providenciales destinaba Enrof justamente para el reino animal, o sea, para multitud de mónadas que bajaban aquí en sus sheltas para emprender la gran obra creativa: iluminar la materialidad de la capa tridimensional. La ingerencia de Gagtungr torció ese designio, complicó los caminos, deformó los destinos, alargó terriblemente los plazos. Lo logró, básicamente, sometiendo la vida orgánica en Enrof desde el mismo comienzo a la ley de la alelofagia (ingestión mutua).

¿Por qué son tan encantadoras, tan simpáticas, las crías de casi todos los animales? ¿Por qué, sin hablar ya de los lobeznos y leoncillos, hasta los cerditos y las pequeñas hienas no nos suscitan sino una emoción benévola y enternecedora? Porque el principio demoníaco empieza a manifestarse en el animal cuando tiene que entrar en la lucha por la vida, es decir, caer bajo la ley de la alelofagia. Las pequeñas fierecillas de Enrof evocan imágenes que los animales tenían en el mundo contiguo, del que venían por vez primera a Enrof. Hasta las serpientes eran, en aquella capa, unos seres preciosos, alegres, muy juguetones. Danzaban alabando a Dios, y deberían ser aun más hermosos, racionales y sabios en Enrof si no fuera por Gagtungr.

Su actividad trazó, entre las dos mitades del reino animal, una línea divisoria notable. Pudo demonizar gravemente una mitad imponiendo

a la evolución espiritual de estos animales un techo en extremo bajo, al hacer que pudieran existir sólo a cuenta de sus congéneres. El principio carnicero es demoníaco por naturaleza, y en todo ser que lo tenga implica que las fuerzas demoníacas ya lo han trabajado a fondo. La otra mitad del reino animal fue destinada a ser víctima de la primera. No se sembró en ella el principio carnicero; estas especies se limitaron al alimento vegetal, pero el “vegetar” en condiciones de fuga casi incesante o escondiéndose de los peligros ha frenado terriblemente su desarrollo intelectual.

Pero el fin de iluminar la materialidad tridimensional seguía planteado ante las Fuerzas Providenciales. Como el reino animal se invalidó para ello, al menos en la perspectiva visible, se crearon premisas para que se destacase de él una especie capaz de cumplir esta tarea de un modo más rápido y exitoso. Esta especie se destacó en un salto o avance impetuoso. La rama paterna, de la que se separó de manera progresiva, le sirvió de trampolín. Y mientras más impetuoso era el salto del género humano hacia adelante, más retrocedía la especie paterna que le servía de trampolín. Esta especie llegó a formar el orden de los monos: trágico ejemplo de la regresión. Así nuestro salto de animal a hombre se pagó con la parálisis en la evolución de incontable multitud de otros seres.

Tanto más demonizados están los animales cuanto más carniceros son. Esta demonización se limita, desde luego, a sus sheltas y envolturas materiales más densas: no puede afectar a la mónada. Pero el shelt puede demonizarse en grados espantosos y a efectos más terribles. Baste recordar lo que ocurrió a muchas especies de la clase de los reptiles. En la era mesozoica esta clase, habiendo alcanzado entonces unas formas gigantescas, se partió en dos: una mitad permaneció hervívora, pudiendo luego evolucionar en otras capas; y ahora existe cierto mundo material, llamado **Jimeira**, donde los brontosauros y los iguanodontes –que transitaron por incontables encarnaciones– habitan como entes enteramente racionales, benévolos e increíblemente dulces. La otra mitad de los gigantes reptiles, los carnívoros, ha evolucionado en otras capas en sentido contrario. Hace tiempo que ya no tienen cuerpo físico, sino karroj, y son los que se ensañan en los shrastrés en forma de raruggos.

Jimeira, morada actual de la mejor parte de los animales de las antiguas eras geológicas, ya está desapareciendo: pasan a capas más altas. Miríadas de entes colman otras dos capas: **Isong**, mundo de almas de la mayoría de los animales existentes actualmente por el que pasan muy rápido entre una encarnación y otra, y **Ermastig**, mundo de almas de los animales superiores: allí suben al morir sólo representantes de pocas especies, y no todos ni mucho menos; se detienen en este mundo mucho más tiempo que en Isong.

Recuerdo las admirables y profundas palabras del anciano Zosima: «Mira al caballo o al buey... cabizbajo y pensativo, mira sus semblantes: ¡qué mansedumbre, qué apego al hombre quien a menudo les golpea implacable, qué dulzura, qué confianza y qué belleza en su semblante!». Atreverse a decir “semblante” para un caballo o una vaca requiere del poder de una videncia genuina. La superficie habitual de las cosas se transparentó ante la mirada profética, no de Zosima, sino de Dostoievski, y tras lo dado vio lo que debía ser, lo que deben ser los animales. Existe un mundo donde las almas devenidas de muchos de ellos, revestidas de cuerpos iluminados, son hermosas y no sólo altamente racionales sino espiritualmente sabias. Este mundo, **Hangvilla**, superior de la sacuala, con el tiempo deben alcanzarlo todas, para seguir subiendo a Fayr, Usnorm y Kaermis.

¡Oh, las infames huellas de la garra de Gagtungr se ven también en muchas otras cosas del reino animal! Ha logrado, por ejemplo, al apretar algunos sheltas de animales, someterlos a una violencia que difícilmente tendría análogo en nuestra capa. No es que los aplastara o quebrara, sino que los convirtió de individuales en colectivos. Los sheltas individuales de muchos seres inferiores son manifestaciones efímeras de tal shelt colectivo. Es el caso, por ejemplo, de la mayoría de los insectos, sin hablar ya de los protozoarios. El shelt individual de una mosca o de una abeja es, por así decirlo, sólo una diminutísima hinchazón en la superficie esférica del shelt colectivo; si una abeja o una mosca muere aquí, en Enrof, la hinchazón se interna de nuevo en la esfera común, se incorpora al shelt del enjambre o de la multitud de moscas. El mundo de las almas colectivas de los insectos y protozoarios se denomina **Nigoida**: allí estas almas, en especial de las abejas y

hormigas, son racionales; su forma semeja a la de los seres que las encarnaron en Enrof, pero más grande y luminosa. Algunas –muy pocas aún– suben más arriba, a Hangvilla, y allí son hermosas y sabias, hasta les nace majestad y esplendor. Hangvilla es una especie de gran zatomis general de todo el reino animal y de allí las almas iluminadas de los animales ascienden ya, por Fayr, al mismo Usnorm, donde participan en la eterna liturgia divina de Shadanakar.

Más extraño parecerá lo que no concierne a los animales vivos sino a algunos juguetes infantiles. Me refiero a los ositos y conejitos de peluche y otras baratijas por el estilo, que todos conocemos. En la infancia todos les quisimos; y cada uno sentía tristeza y dolor cuando empezaba a darse cuenta de que no eran seres vivos sino sencillos artículos hechos por el hombre. Pero, para nuestra alegría, no tenemos tanta razón cuanto los niños, que creen sagradamente en la naturaleza viva de sus juguetes y hasta en que pueden hablar. Con nuestra mente superior podríamos observar, en tales casos, un proceso creador muy especial. Al comienzo tal juguete no tiene ni cuerpo etérico o astral, ni shelt ni, lógicamente, mónada. Pero mientras más amado es el osito felpado, mientras más el alma del niño derrama sobre él su cariño, afecto, ternura, compasión y confianza, más densa se concentra en su interior la sutilísima materia con la que se forma el shelt. Poco a poco éste se crea realmente, pero no tiene cuerpo astral ni etérico; y por eso el cuerpo físico –el juguete– no puede animarse. Pero cuando el juguete plenamente nutrido de shelt inmortal se destruye en Enrof ocurre un acto divino, y el shelt creado se une con una mónada joven que entra en Shadanakar proveniente del Seno Paterno. En Ermastig, entre las almas de animales superiores revestidas de astral y éter, aparece una criatura admirable a quien justamente allí se le crearán las mismas envolturas. Estos seres no impresionan con la belleza ni menos aún con la majestad, sino con la tierna e indecible dulzura que ablanda nuestros duros corazones al ver una liebre o un cervato. En Ermastig esos seres son más deliciosos porque ni siquiera en los juguetes que les correspondieron jamás ha habido una gota del mal. Allí conviven de maravilla con almas de osos y ciervos de verdad, obtienen allí su cuerpo astral y luego suben a Hangvilla, como todos.

Puedo apenas esbozar el camino hacia la solución de problemas de la transfísica y la escatología del reino animal. Pero ya esto basta para comprender que dicha problemática es mucho más compleja de lo que imaginaban los pensadores de las viejas religiones. La fórmula simplista «Los animales desconocen el pecado» no responde en absoluto a la esencia del problema. Si en este caso se entiende por pecado un estado de la conciencia sexual que carece de pudor y de la idea prohibitiva de ciertas manifestaciones de la esfera sexual, los animales en efecto “desconocen” el pecado. Pero sería más correcto decir que para ellos esas manifestaciones no son algo vedado o castigable por el karma, no son pecado para ellos.

Pero el concepto del pecado es inmensamente más amplio que la esfera sexual. Rabia, crueldad, ira infundada y desenfrenada, sed de sangre, celos: éstos son los pecados del reino animal y no tenemos dato alguno para juzgar en qué medida un animal está consciente de estas manifestaciones y de lo indebidas que son. Además, ello tampoco resuelve el problema de la presencia o la ausencia de esta prohibición para ellos. Es absurdo pensar que la ley entra en vigor sólo cuando se tiene conciencia de ella. La ley de la gravedad fue concienciada por Newton, pero todos estamos desde siempre sometidos a ella. Tengan los animales conciencia de cierta ley superior o no, la sientan confusamente o no la sientan en absoluto, no importa: la causalidad es la causalidad, el karma es el karma. Hasta lo que yo entiendo, un león hambriento que mata a una antílope no tiene culpa personal porque es una necesidad para él; pero sí asume la culpa de su especie o su clase: la antigua culpa de todos los carniceros. Un tigre harto que ataca a un antílope sólo por excesiva sed de sangre y rabia personales, asume, además de la culpa general de la especie, también la culpa individual porque la necesidad no lo ha forzado a matar a su víctima. Un lobo que se defiende contra los perros y degüella a uno de ellos en la pelea no tiene culpa personal, pero sí como representante de una especie carnívora cuyos antepasados optaron antaño en este sentido. Es una especie de pecado original. Pero un gato bien cebado y rollizo que juega con el ratón para divertirse asume tanto la culpa original como la individual, porque su acción no es necesaria.

Dirán: se trasladan conceptos humanos, incluso jurídicos, al mundo de los animales. Pero el concepto de culpa no es sólo jurídico sino transfísico, metahistórico y ontológico. En los diversos reinos de la naturaleza y para las diversas jerarquías, el concepto de culpa cambia de contenido; pero no hay motivo, decididamente, para deducir que este concepto y la realidad del karma que implica sean propios sólo de la humanidad.

Tampoco ha aportado un solo granito de ideas nuevas en este terreno la época irreligiosa del pensamiento. Al contrario, la opinión sobre los animales que prevalece en la actualidad empezó a conformarse con dos principios contradictorios: el utilitario y el emocional. Con ello el mundo animal ha sido disgregado en categorías, dependiendo de la relación que tiene cada especie con el hombre. Primero, desde luego, los animales domésticos: los cuidan, a veces hasta los quieren. Si la vaquita se enferma se vierte una lágrima sobre ella; pero si deja de dar leche la llevan, suspirando con aire dolorido, a cierto lugar donde el querido animal se convertirá en x kilogramos de carne. Con esta carne el dueño, cual niño inocente, se alimentará y dará de comer a su familia. La segunda categoría es la parte, considerable, de animales salvajes incluidos los peces a los que no se les domestica, no se les beneficia con ningún tipo de cuidado, sencillamente los prenden o los matan al cazar. Y, tercero, los animales carniceros y parásitos: a éstos se les trata fríamente, los exterminan donde y como pueden. Y también señalaría un cuarto grupo: cierta parte de animales salvajes, en especial aves, útiles porque eliminan a los parásitos del campo. A esta categoría se la deja vivir, multiplicarse y en algunos casos, como por ejemplo a los estorninos y las cigüeñas, incluso se les protege. En cuanto a otros animales, desde lagartos y ranas hasta chovas y huracas, a veces los cazan para experimentos científicos o simplemente para entretenerse; los chiquillos les tiran piedras pero suelen despreciarlos por insignificantes.

Éste es el esquema, muy aproximado por cierto, de la actitud utilitaria hacia los animales. Y el elemento emocional consiste en que la mayoría somos capaces de sentir hacia unas u otras especies o ejemplares cierta simpatía o verdadero apego y admiración estética. Además, muchos aun sienten, gracias a Dios, una compasión piadosa

hacia los animales: el mundo animal debe en parte a esta piedad que en muchos países tengan incluso una legislación que les protege y funcione una red de sociedades voluntarias dedicadas especialmente a esta protección. Unida a un aliado tan potente como la preocupación utilitaria por evitar la exterminación definitiva de las especies de valor industrial, esta actitud emocional ha hecho posible la fundación de los vedados. A modo de excepción algunos vedados carecen en absoluto de importancia utilitaria; por ejemplo, en muchos lugares existen puntos de alimentación para las palomas.

Lo anterior se refiere, naturalmente, a la actitud hacia los animales existente en Europa, América y en muchos países de Oriente. Pero la India presenta un cuadro muy diferente. Es notorio que el brahmanismo prohibió hace mucho la ingestión de diversos tipos de carne, redujo la alimentación real del hombre al alimento lácteo y vegetal, declaró obra pecaminosa e impura la elaboración de pieles y cueros y proclamó animales sagrados a la vaca y algunas otras especies.

Y bien que se hizo.

El europeo se ríe o se indigna, desde luego, con el espectáculo de una vaca que se pasea libremente por el mercado y se lleva de cualquier tenderete lo que le plazca. No disputaré que la adoración religiosa de la vaca es un rasgo peculiar de la actitud hindú ante el mundo y no puede ser imitada en nuestro tiempo. Pero el sentimiento en que se basa esta adoración es tan puro y sublime, tan sagrado, que merece admiración por sí mismo. Gandhi explicó perfectamente la base psicológica del culto a la vaca. Dijo que la vaca personifica, en este caso, todo lo vivo e inferior al hombre; admirarla humildemente, servirla sin ningún interés cuidándola, acariciándola y adornándola, expresa la idea religiosa y el sentimiento ético de nuestro deber ante este mundo de seres vivos; la idea de protección y ayuda a todo lo débil e inferior, a todo lo que no ha tenido tiempo aún de evolucionar a formas superiores. Es más, esta actitud también expresa el sentimiento profundo de la gran culpa que tiene toda la humanidad ante el reino animal, pues el hombre se destacó de este reino al precio del atraso y la degradación de los más débiles. Se destacó y, al hacerlo, agravó su culpa con la implacable explotación de los más débiles. Con el paso de los siglos la culpa de toda la

humanidad ha ido creciendo como una bola de nieve y, por fin, ha alcanzado magnitudes inmensas.

¡Gloria a este pueblo que supo elevarse a tal comprensión, no en la mente de unos pocos sino en la conciencia de una multitud! ¿Qué cosa concreta, qué idea, qué ética podemos oponer a esta ética nosotros, los que nos pavoneamos con profesar durante tantos siglos el cristianismo?

En mi vida hubo un caso que debo referir aquí. Es duro, pero no quiero que este capítulo sobre los animales produzca en nadie una idea del autor que no merezco.

Una vez, décadas atrás, cometí a conciencia, hasta adrede, un acto aborrecible y feo con cierto animal que pertenecía a la categoría de los “amigos del hombre”. Sucedió porque entonces yo pasaba por cierta etapa o, mejor dicho, por un zig-zag del camino interno, sumamente oscuro. Decidí practicar lo que formulé entonces como la «consagración al Mal», idea inmadura hasta la estupidez, pero que revestí de cierto velo romántico gracias a lo cual se apoderó de mi imaginación y originó una serie de actos, uno más indignante que otro. Quise saber, finalmente, si había en el mundo alguna acción tan baja, mezquina e inhumana, que no me atreviera a cometer debido, precisamente, a su mezquindad. Ni siquiera tengo atenuantes de haber sido un pilluelo necio o metido en mala compañía: tales compañías no existieron ni por asomo en mi medio, y yo era un joven ya mayor, estudiante de nivel superior. El acto fue cometido; no importa cómo y sobre qué animal concretamente. Pero la vivencia fue tan honda que cambió mi actitud hacia los animales con una intensidad increíble, y para siempre. Además, me sirvió para un viraje interior radical. Si no tuviera en mi conciencia esta mancha vergonzosa tal vez no experimentaría ahora ante cualquier tortura o matanza de un animal tanta repulsión que a veces hasta me hace perder por entero el dominio de mí mismo. Entre los axiomas, tan claros para mí como el dos por dos, ocupa uno de los primeros lugares el siguiente: en la mayoría aplastante de los casos (exceptuando sólo la autodefensa contra los animales carnívoros o parásitos o en caso de que falten otras fuentes de alimento), la matanza y, más aún, la tortura de animales es

repugnante, inadmisible e indigna del ser humano. Es la infracción de una de las bases éticas en que el hombre debe apoyarse con firmeza para tener el derecho de llamarse hombre.

Pero, por otra parte, la caza como medio básico de subsistencia en algunas tribus atrasadas no merece censura moral alguna. Hay que ser fariseo del vegetarianismo para “desenmascarar” a un hotentote o un gold, para quienes renunciar a la caza equivale a morir de hambre. Y, además, cada uno de nosotros, al verse en tales condiciones, puede y debe mantener la vida propia y de otra gente con la caza. La razón es simple: la vida humana vale más que la de cualquier animal.

Por esta misma razón el hombre tiene derecho a autodefenderse contra animales carnívoros y parásitos. Es notorio que muchos jainas, y algunos adeptos de las corrientes extremas de la ética budista, no ingieren agua sino filtrándola con una gasa y andan barriendo a cada paso el camino ante ellos. En la India creo que hasta hubo ascetas que se dejaban comer a muerte por los parásitos. ¡Brillante ejemplo de cómo se puede llevar cualquier idea al absurdo! Y el error aquí consiste en que para conservar la vida de insectos y hasta de protozoos —o sea, de seres de valor mínimo— el hombre se pone en condiciones que imposibilitan tanto su progreso social como técnico. Se rechazan todos los transportes como aniquiladores de multitud de seres menores; la prohibición se extiende hasta a la agricultura, al cultivo de suelos en general, porque destruye miles de millones de pequeñas vidas. En la India actual los jainas se dedican por excelencia a profesiones libres y al comercio. Pero ¿qué harían si la mayoría de la humanidad se sumara a esta concepción? Es claro que semejante actitud, que pone un techo impenetrable al avance ascendente del género humano, no puede considerarse correcta.

Pero, ¿qué son los parásitos y los protozoos, no desde el punto de vista materialista, sino transfísico? Son seres que, como la mayoría de otros insectos, tienen almas colectivas pero muy atrasadas en su camino. Propiamente, no se trata de simple atraso, sino de la demonización activa de los shettes colectivos por Gagnetung. En Nigoida estos shettes permanecen esclavos, son racionales sólo en parte, y les espera un

camino en el devenir, excepcional por su lentitud y longitud. Se iluminarán sólo en el momento en que nuestro planeta pase al tercer eón. Ahora los parásitos, es decir, seres del valor mínimo, vegetan y engordan a cuenta de seres de valor relativamente superior: los animales y el hombre. Por eso tenemos el derecho de eliminarlos, pues no hay otra solución en la presente etapa.

Los carnívoros existen matando a seres del mismo valor, es decir a animales, o incluso a cuenta del hombre, un ser de valor superior. Las especies carniceras cuya naturaleza rapaz somos incapaces de cambiar deben exterminarse en Enrof gradualmente: no sólo porque no sea factible de otra manera, sino también porque en este período pueden descubrirse medios para cambiar hasta su naturaleza. Sin duda, la naturaleza de muchas especies carniceras, en especial entre los mamíferos superiores, puede cambiarse por entero. Basta recordar el caso del perro, este ex lobo que hoy puede prescindir por completo de alimento cárnico, aunque el hombre jamás se ha planteado la tarea de hacer del perro un vegetariano. El perro se pasó al alimento semivegetal por meras razones económicas del hombre, pero el éxito de la medida apunta a perspectivas que apenas se entreabren a nuestra experiencia en esta esfera. Mientras tanto la caza de los carniceros es el segundo tipo de caza que en la etapa actual de la humanidad aún no puede censurarse. Sólo que a la vez se necesita otra serie de medidas que analizaré más abajo.

Lo que sí merece la supresión incondicional, hasta la prohibición estricta, es la caza-deporte. Me doy perfecta cuenta del griterío que armarán los aficionados a masacrar corzos y perdices si la exigencia que expreso aquí se difunde en la sociedad, y deja de ser un sueño utópico de algunos excéntricos para convertirse en un llamamiento insistente de toda la parte avanzada de la humanidad. No es difícil prever las razones que se opondrán a esta medida. Se recurrirá a todos los argumentos que puede inventar una mente mañosa cuando se la moviliza para socorrer a un instinto amordazado. Gritarán, por ejemplo, de la utilidad de la caza que hace resistente nuestro organismo (como si no se pudiera lograrlo por otros métodos), que fortalece nuestro carácter, voluntad, ingeniosidad, valentía (como si algo amenazase al hombre

durante una volatería). Lloverán protestas diciendo que la caza, en el fondo, es sólo un pretexto, un medio cuyo verdadero fin es deleitarse con la naturaleza (como si no se pudiera deleitarse con ella sin el placer adicional de contemplar a una liebre alcanzada por un perro). Se edificarán brillantes teorías psicológicas a la Knut Hamsun para demostrar que el instinto de caza es algo inherente al hombre y que la delicia de la caza consiste precisamente en unir la satisfacción de dicho instinto con el “sentirse en la naturaleza”. El razonamiento en este caso es el siguiente: «No soy un hombre ocioso de la ciudad que contempla la naturaleza “por fuera”, sino que soy parte de ella porque me escondo tras un árbol acechando». Pero por mucho que te imagines parte de la naturaleza, querido, todas tus sensaciones no valen la mirada extinguida del ganso que acabas de herir de un tiro. Todas esas artimañas de una mente depredadora, se rebaten con una breve frase de Turguénev, este cazador apasionado que fue honesto tanto con el lector como consigo mismo; comprendió y dijo firme y claramente que la caza no tiene nada que ver con el amor a la naturaleza. He aquí la frase:

«No puedo admirar la naturaleza en la caza, es un disparate: la admiras cuando te recuestas o te sientas a descansar después de la caza. La caza es una pasión y no veo ni puedo ver nada sino alguna perdiz escondida bajo un arbusto. No es cazador quien va a los lugares de volatería a admirar la naturaleza» (D.Sadóvnikov, *Encuentros. Sobre Turguénev*).

Dicho abierta y claramente. ¿Cómo es que otros se engañan y engañan a los presentes, justificando la caza con el amor a la naturaleza?

Sí, conozco este tipo de personas: ostentan audacia, honestidad, franqueza, la vista aguda, anchas espaldas, un rostro curtido, un hablar juicioso, a veces un chiste picante, ¿no es un hombre modelo? Todos le respetan y se respeta él mismo: por tener nervios de hierro (que le parece fuerza de espíritu), por la sensatez (se le antoja intelecto), por los bíceps voluminosos (lo imagina digno del “rey de la naturaleza”), por la mirada que cree aguileña. Pero si se ahonda mirando más allá de la fachada imponente sólo se hallará un ovillo de todas las variedades de egoísmo. Es valiente y audaz porque es un macho físicamente fuerte y no le permite acobardarse el enamoramiento de su propio esplendor.

Es franco y honesto porque la conciencia de estas virtudes le permite fundamentar racionalmente su autoadoración. Y que esos ojos, que han visto tantas agonías de seres por él matados, sigan claros y límpidos cual cielos no es su adorno, sino su vergüenza.

Oh, este tipo no existe en absoluto entre los habitantes de la taiga o de la pampa. Sólo quiere parecerse a un verdadero héroe de la selva, quiere que todos admiren cómo ha sabido unir en su persona con tanta armonía a un europeo de alta cultura con un soberbio hijo de la naturaleza. Mas la verdad es que es un producto de la civilización urbana, reflexivo, egoísta, cruel y sensual como ella misma; pero arrastrado atávicamente por una mitad de su ser atrás, a los remotos estadios de la cultura. Hay más tipos así de lo que uno quisiera creer, tanto entre físicos como entre biólogos, periodistas, empresarios, administradores, artistas y hasta entre académicos. En la literatura mundial existe una poderosa corriente creada por esta gente, o por los que se sumaron a ellos con algunos rasgos esenciales de su misma naturaleza. Todo ello chapotea en las novelas de Hamsun, irrumpe en los relatos de London, bulle ya incontenible en los poemas y las novelas de Kipling, envenena con un chorrito ponzoñoso el verdadero amor a la naturaleza en los preciosos ensayos de Prishvin. La justificación de la crueldad como una ley de la vida supuestamente inevitable, el culto al egoísmo zoológico, el ideal del carnicero fuerte, la inclemencia hacia todo lo vivo camuflada con el romanticismo de las aventuras, en los viajes, y endulzada con las descripciones poéticas de los cuadros naturales: ¡hace mucho que debiera llamarse todo esto por sus verdaderos nombres!

No hay derecho, no tenemos absolutamente ningún derecho de comprar nuestros placeres al precio de los sufrimientos y la muerte de seres vivos. Si no sabes sentirte parte de la naturaleza por otras vías, no te lo sientas. Es mejor quedar por completo "fuera de la naturaleza" que ser un monstruo en medio de ella. Porque al entrar en la naturaleza con una escopeta y sembrar muerte alrededor para entretenimiento propio te conviertes en un miserable juguete de quien inventó la muerte, inventó la ley de la alelofagia y engorda y se abulta con los padecimientos de seres vivos.

Otros también dirán: «¡Si millones de humanos perecen en nuestro tiempo por las guerras, el hambre, y las represiones políticas, no es momento de llorar por las ardillas y las ortegas!». Pues sí, es hora. Y no entiendo qué relación tienen las guerras mundiales, las represalias y otras villanías humanas con el problema de los animales. ¿Por qué los animales han de morir entreteniéndolos a los haraganes insensibles, mientras la humanidad termina de arreglar todos sus asuntos sociales y se dedica, ociosamente, a moderar las costumbres? ¿En qué se relaciona lo uno y lo otro? Quizás sólo en que mientras la humanidad se desgarró por las guerras y las tiranías, la conciencia social seguirá demasiado atolondrada, abatida y reprimida como para sentir toda la infamia de la caza y de la pesca.

Sí, y de la pesca. De la misma pesca con que nos deleitamos en el marco poético del alba y la puesta del sol estivales, enternecidos y con el ánimo distraído en medio del idilio circundante, mientras nuestros dedos agarran al gusano que se contorsiona y perforamos su cuerpecito con el anzuelo. No nos damos cuenta de que tal vez sienta lo que sentiríamos nosotros si un monstruo del tamaño de un monte nos agarrara por la pierna, atravesara nuestro vientre con un tronco de hierro y nos arrojara al mar al encuentro de un tiburón que se acerca.

Bueno, dirán, pero también se puede pescar sin gusano, con pan, con fisga, etc. Sí, se puede. Y para el pez atrapado seguramente será un gran consuelo el pensar que no se muere engañado con un gusano sino con un trozo de hojalata brillante.

También hay aún personas, una especie de trastos del remoto pasado, que siguen creyendo en serio que un pez o un cangrejo no sufren porque, dicen, tienen sangre fría. En efecto, la humanidad de antaño, ignorante de la fisiología animal se imaginaba que la sensibilidad era una función de la temperatura de la sangre. Entre paréntesis digamos que debido a esta equivocación el pescado fue incluido por las religiones semíticas en la lista de los platos de vigilia y ni siquiera los justos desdeñaban regalarse con estos manjares.

Válgame Dios de censurarlos: la experiencia religiosa del alma, por más grande y elevada que sea, no compensa la experiencia científica (y viceversa); y la ciencia se encontraba entonces en la infancia y nadie,

ni siquiera los justos, responden por aquella idea de que los animales de sangre fría no sienten dolor. Pero nosotros sabemos ahora que es un disparate. Ahora comprendemos que el pez colgado del anzuelo o contorsionado en la arena ¡se retuerce de dolor y no de otra cosa! ¿Y qué? Las casullas blancas de la contemplación poética de que nos revestimos en las horas bucólicas que pasamos con una caña en la mano, ¿no se salpican hasta dar asco con la sangre, la mucosidad, las vísceras de los seres vivos que retozaban en el agua transparente y que podrían seguir viviendo si no fuera, con permiso sea dicho, por nuestro “amor” a la naturaleza?

También se dan razones como ésta: «en el mundo animal todo se basa en la alelofagia y ¿a santo de qué el hombre debe ser una excepción?» Que entre los animales todo se base en la alelofagia es mentira. ¿Acaso hay pocos animales que se nutren de alimento vegetal? ¿Acaso las Fuerzas Providenciales no han arrancado de las garras de Gagtungr a cientos de especies animales, al menos en este concreto sentido? ¿Hay, acaso, en la naturaleza, pocos seres absolutamente inofensivos, ni siquiera adaptados físicamente para el alimento cárnico?

Y lo principal: ¿En qué cráneo humano se permite la idea de que las costumbres de los animales puedan servirnos como modelo de conducta? Y si nuestros cazadores admiran la “virilidad” en la conducta de los carniceros (por cierto que no es tanto “virilidad” cuanto la simple seguridad en su fuerza física y consiguiente impunidad) ¿por qué no imitan a este carnicero, por ejemplo al lobo, en algo más: digamos, en destripar al miembro herido o debilitado de su propia camada?

¿Y por qué detenerse en la imitación de los mamíferos carniceros? ¿Por qué no escoger como modelo unas costumbres más sorprendentes, por ejemplo, las que reinan entre las arañas?: allí la hembra devora al macho apenas la haya fecundado. Creo que esta brillante idea no se les ocurre a nuestros varones apologistas del “principio animal” sólo porque pertenezcan a la parte masculina del género humano. Si entre las arañas fuese el macho quien devora a la hembra en cuanto dé a luz, ya se encontrarían entre nosotros los adeptos de tan viril procedimiento.

Pero, pese a toda su deformación, el deporte de la caza no ocasiona hoy tanto mal como otra actividad del hombre estrenada sólo hace poco, con el avance de la ciencia y la ilustración.

Tomo la *Guía práctica para profesores de la escuela secundaria* que debemos a un tal Ya. A. Zinger, publicada por la Editora Pedagógica en 1947 con el título de *Protozoarios*. La abro en la pág. 60 y leo la instrucción de cómo, en una clase de Ciencias Naturales, se monta la prueba para extraer parásitos gregarinos del intestino de un gusano harinero: «El gusano se abre por la parte espinal separando la sección del intestino. También se puede, sencillamente, cortarle al gusano la cabeza y la sección posterior, y luego con la pinza sacar el intestino por atrás... El contenido del intestino se exprime en el portaobjeto y, una vez mojado en el agua, se observa con aumento menor».

¿Y qué, el público no quiere vomitar? ¿Ya se habituó? ¿Ya aprendió, con ayuda del pedagogo, a reprimir el asco y el horror? ¿Ya sabe tildar de sentimentalismo la compasión natural? Tal vez le dirán “afeminado” al chico que sienta un temblor en las manos o tenga en los ojos dolor, repulsión y vergüenza.

Paso dos páginas. «La rana se adormece con el éter... O puede ser más sencillo: se toma a la rana por las patas traseras y sosteniéndola de abdomen hacia arriba se la golpea, fuerte y rápidamente, con la cabeza contra un saliente de la mesa. Luego se abre a la rana por la parte abdominal...»

Quizás así los niños, en efecto, tendrán una idea clara de los parásitos existentes en el intestino de una rana: idea naturalmente indispensable para cualquiera, sin la cual es imposible vivir. Pero el pedagogo, amante de lo «más sencillo», muestra de modo no menos claro también la bajeza humana.

Aún no toco la cuestión esencial de si las ciencias naturales pueden prescindir de los experimentos con el «material vivo». Pero incluso si estas pruebas fuesen una triste necesidad, ¿cómo se argumenta la necesidad de habituar a ello a todos los niños de edad escolar? De estos niños, no más de un 20 % elegirá una especialidad naturalista o médica. ¿Para qué, pues, ahogar la elemental compasión, mutilar las bases de la conciencia moral en el restante 80 %? ¿Para qué «bien de la

humanidad» se ha inventado destruir otras decenas y cientos de miles de animales de laboratorio? ¿Para qué y por qué, con qué derecho al fin, convertir las clases de historia natural que se dan en la escuela en clases de matanza y tortura de seres mudos e indefensos? ¿No pueden sustituir esta cocina sangrienta con diapositivas, modelos y figuras de yeso? Y de seguir el viejo camino, al decir A ha de decirse también B. Si se guía por el método directo de enseñanza, ¿por qué el maestro de historia, al tratar el tema de la inquisición, no monta una escenificación aleccionadora para explicar claramente a los niños cómo se usaron los borceguíes del horror, el garrote, el potro y demás logros de la ciencia y la técnica de aquella época?

Sólo unas palabras más sobre el «material vivo». Por cierto, los naturalistas se han habituado tanto a su terminología que ya ni se dan cuenta, desde luego, de su miseria moral, ¡qué entumecimiento de la conciencia suena en esta combinación antinatural, torpemente utilitaria, de «material-vivo»! Pues bien, esto en lo que respecta al material vivo de los laboratorios científicos y, en general, a esta metodología practicada en las ciencias naturales. Pero lo hecho no se recupera, los muertos no se resucitan, y es vano discutir si la ciencia en las épocas anteriores podía avanzar sin esto. Pero ¿puede hacerlo ahora? El instinto de ahorrar esfuerzos tiene la culpa de que los naturalistas se fijaran en esta metodología más directa y barata de llegar a la meta. Una vez legalizada, aparece ante muchos como la única e insustituible técnica. ¡Mentira! Es la pereza de gastar fuerzas y tiempo para elaborar otra metodología, así como también la avaricia estatal y social, sólo eso. La pereza y la avaricia son, en general, cualidades poco respetables, y cuando ocasionan esas montañas de víctimas, ¿cómo valorarlas dignamente? Claro que hallar la nueva metodología a solas es algo poco menos que irrealizable. Miles de jóvenes médicos, pedagogos, científicos, al emprender su camino profesional sienten una repulsión natural hacia los métodos científicos vinculados a la tortura y matanza de seres vivos. Pero sucede que cada uno de estos profesionales enfrenta el dilema: o ahogar en su interior esta compasión discurriendo sobre el beneficio de la humanidad, o bien abandonar para siempre el camino naturalista por no existir otra metodología. Se entiende que la mayoría aplastante elige lo primero,

y poco a poco se habitúa a la práctica de los métodos inhumanos. Encontrar la nueva metodología es realmente posible, pero sólo con los esfuerzos prolongados de un gran colectivo: una unión de especialistas en diversas ramas de las ciencias naturales dedicados a ese fin. Y tal empresa puede realizarse sólo si la financia una instancia económicamente fuerte, de tipo social o estatal.

Pero las víctimas, tanto de nuestro «amor a la naturaleza» como de nuestra «sed de saber», sólo son montecillos, sólo colinas frente al «monte Everest» de cadáveres de peces que extraen los pescadores y de cadáveres de vacas y cerdos que se apilan en los mataderos, en fin, de muertos que compramos en las tiendas y devoramos sentados a la mesa cultamente servida. Y peor aún, el utilitarismo del progreso técnico ha alcanzado por fin las alturas, inventando el método más económico para fabricar conservas, por ejemplo, de cangrejos: ya no se los mata sino que se arranca a cada animal vivo su caparazón, cortando las pinzas y tirando los restos medio vivos al mar para que los coma cualquiera. Sería bueno dejar al inventor de semejante máquina enlatadora de cangrejos reposar algunos años en una celda incomunicada para que reflexione, durante largas horas de ocio, si es realmente un ser humano. Y más grato aún sería si del otro lado de la pared, en la celda vecina, descansara de su desvelo por el tesoro público el jefe económico, tan sabio, cuyo celo ha permitido introducir en nuestra industria estas torturas para cangrejos.

Y bien, pongamos que los abusos de esta índole son casos extremos y pronto serán erradicados. ¿Y la carne y el pescado como productos de alimentación masiva? ¿y la fabricación de cueros? ¿y la elaboración de pieles? Aun no siendo muy moral, que digamos, ¿no es acaso una necesidad?

En efecto, aún es obvio aquí un elemento de necesidad pero, a decir verdad, ya es muy inferior de lo que se piensa. Se puede decir que el progreso científico y social se aproximan, gracias a Dios, al peldaño que sólo dejará un recuerdo penoso de aquella carnívora necesidad.

De veras: la química aplicada perfecciona, año tras año, los sucedáneos del cuero; las pieles artificiales resultan más baratas y

asequibles que las naturales y si todavía son inferiores en calidad, con el tiempo se superará también este defecto. Por lo tanto se crean premisas para poder prohibir el uso de los tejidos de origen animal en la industria. Pero el problema más difícil, realmente difícil, es el del alimento cárnico y el pescado, que muchos consideran indispensable para nuestro organismo.

Pero, ¿es realmente tan indispensable? No son indispensables la carne y el pescado como tales, sino una cantidad determinada de hidratos de carbono y proteínas. Es indispensable una cantidad determinada de calorías. Estas cantidades pueden introducirse en nuestro organismo también con otros tipos de alimentos: lácteos, pastas, frutas y legumbres. Fingir que no sabemos de la existencia en el mundo de millones de vegetarianos que, además, subsisten absolutamente bien, es una postura poco seria, para no decir más. Todos sabemos perfectamente que en el mundo existe, hace miles de años, un pueblo multitudinario que casi no come carne: hecho, desde luego, desagradable para nuestra conciencia, pero innegable. Es cierto que en un clima nórdico, para compensar los platos de carne y pescado se necesitarán más sustitutos alimenticios que en la India tropical. Es cierto también que tales sustitutos son por ahora más caros y, por tanto, no accesibles para todos. Se trata, pues, de elevar el nivel material de vida. Pero es un hecho que el bienestar de la humanidad crece progresivamente. Y no está lejos el día en que esta sustitución sea asequible para todos.

Se perfila, por consiguiente, un programa, una serie de medidas cronológicamente sucesivas, que serán plenamente factibles en cuanto la Rosa del Mundo llegue al poder.

El primer grupo de medidas serán las urgentes:

1. Prohibir los métodos de matanza que atormentan al animal, en la industria y donde sea.
2. Prohibir los experimentos con el "material vivo" en las escuelas y donde sea, salvo en las instituciones científicas especializadas.
3. Prohibición total de realizar experimentos con animales sin adormecerlos o anestesiárselos.

4. Crear y financiar colectivos científicos potentes para buscar y elaborar la nueva metodología experimental en las ciencias naturales.
5. Reducir la caza como deporte y la pesca como entretenimiento a la tarea de combatir los carniceros.
6. Reestructurar el sistema educativo para que desarrolle en los niños de edad preescolar y escolar el amor hacia los animales, amor desinteresado, no condicionado por la conciencia de lo útil que es la especie dada sino por la necesidad orgánica de amar y ayudar a todo lo débil y atrasado.
7. Amplia propaganda de la nueva actitud hacia los animales.

La esencia de esa actitud no consiste únicamente en preservar a los animales de la tortura y la muerte por mano del hombre. Éste es sólo su aspecto negativo que no tiene nada nuevo. Su aspecto positivo, realmente nuevo, consiste en brindarle al reino animal una ayuda activa para perfeccionarlo y acortar los caminos y los plazos de este perfeccionamiento.

¿Qué significa esto?

Significa establecer la "paz" entre el hombre y todos los animales, menos los carniceros; buscar medios para reeducar algunas especies carnívoras; renunciar al uso de animales para la custodia; acelerar artificialmente la evolución intelectual y espiritual de algunas especies superiores del reino animal.

Al desarrollo de la zoopsicología se tendrán que destinar no pocos recursos. ¡No importa! Ni siquiera unos recursos mil veces mayores repararán el mal que hemos causado al reino animal durante milenios. Aparecerá un nuevo ramo del saber: la **zoogogía**, o sea, la pedagogía de los animales. Por un detallado estudio se determinarán las especies de carnívoros que, como el perro y el gato, podrán ser reeducados. Ya he dicho que el antiguo lobo fue capaz de asimilar alimento vegetal, pese a que el hombre no sólo no ahogó, sino que al contrario estimuló su instinto carnicero para los fines de caza y custodia. Si no fuera por esto, ¡qué alegría, mansedumbre, y bondad observaríamos ahora en el perro, junto con su fidelidad, coraje e intelecto! ¿Y acaso se duda que

esta futura labor con muchas especies carnívoras, labor de gente versada en la psicología y la fisiología animal, en la pedagogía y –lo principal– dotada de la fuerza del amor, pueda reeducarlas física e intelectualmente, moderarlas y transfigurarlas?

Ahora el perro ya puede memorizar hasta 200 palabras, y no maquinalmente como el loro, sino dándose perfecta cuenta de lo que significan. Es un ser de potencialidades realmente colosales. Su evolución ha llegado al límite en que la especie realiza un impetuoso salto adelante. Depende de nosotros mismos que ese cambio radical ocurra ante nuestros ojos, que la inadaptación de ciertos órganos del perro no lo refrene por siglos. La aparición del habla en el perro no se frena por su nivel general de intelecto sino por un obstáculo meramente mecánico: la estructura desfavorable de órganos indispensables para hablar. Otro obstáculo que frena su desarrollo general es la falta de extremidades agarradoras o, más bien, la inadaptación de sus patas para las funciones que cumplen nuestras manos. Se desarrollará también otra rama de la fisiología animal: una ciencia sobre los medios de acción bioquímica en el feto, para lograr cambios estructurales que aceleren la evolución del órgano del habla y conviertan las patas delanteras en brazos. El dominio del habla, aunque con pocas decenas de palabras, retroactuará en el ritmo de la evolución intelectual general y dentro de cien años los hombres tendrán un amigo increíble que habrá reducido, gracias a su ayuda, el camino previsto para cientos de miles de años a pocas generaciones.

Los siguientes candidatos para la evolución acelerada serán, por lo visto, el gato, el elefante, el oso, y quizás algunas especies de roedores. El caballo, muy avanzado en el sentido intelectual y en el ético, aventaja sin duda al gato y hasta al perro en este aspecto, pero posee lamentablemente un estorbo para su rápida entrada en este camino: es solípedo. Lo mismo se refiere al ciervo y al búfalo. El elefante, que posee un órgano agarrador maravilloso, tiene otro estorbo: su tamaño que exige enorme cantidad de alimento. Es posible, por cierto, que la ciencia encuentre métodos para aminorar su tamaño y superar así el obstáculo básico para su rápido desarrollo intelectual. Es de suponer que el increíble encanto del elefante no disminuirá si, dotado del don de hablar, tiene el tamaño de un elefantito pequeño.

Así, cierto tiempo después, la Rosa del Mundo podrá tomar el segundo grupo de medidas:

1. Prohibir la matanza de los animales para todo fin industrial o científico–investigativo.
2. Notable limitación de su matanza con fines alimenticios.
3. Asignación de extensos vedados en todos los países para que vivan en condiciones naturales los animales aún no domesticados.
4. Existencia libre –tanto en la naturaleza como en las poblaciones– de las viejas especies domésticas y las nuevas amansadas.
5. Planificar la labor de todas las entidades zoopedagógicas a escala mundial, elevar esa labor al grado superior, estudiar problemas relativos al enriquecimiento de los animales superiores con el don de habla.
6. Investigar con especial atención los problemas vinculados a la atenuación artificial del principio carnicero en los animales.

Así se acrecentará esta labor creadora y perfeccionadora de animales, labor desinteresada que no inspiran nuestros intereses estrechamente materialistas, sino el sentimiento de culpa y amor. Un amor en aumento, demasiado amplio para encerrarse en los marcos de la humanidad. Un amor que sabrá resolver los problemas que hoy parecen insolubles; por ejemplo, ¿dónde se ubicarán todos estos animales si el hombre termina su masacre masiva? ¿No se repetirá a nivel universal lo que ocurrió con los conejos en Australia donde se multiplicaron en cantidades desmedidas y fueron una plaga de la agricultura? Estos temores parecen un maltusianismo trasladado al mundo animal. Ahora es imposible, desde luego, adivinar las medidas que encontrarán y realizarán nuestros descendientes en este sentido. Lo peor sería fijar una cuota determinada, cuya exceso obligaría a la sociedad de finales del siglo XXI a limitar artificialmente la natalidad de los animales. Es probable que se encuentre otra solución: una vía imposible de anticipar en el nivel actual de las ciencias naturales, de la técnica, la economía y la ética. Pero incluso una cuota sería un mal incomparablemente menor que el de hoy. La

suma de sufrimientos causados por el hombre disminuirá colosalmente y ésta es precisamente la tarea.

Con ello aumentará también la suma del bien aportado o, dicho en hindú, *prem-sagar*, el océano de amor. Un león reposando al lado de una oveja o conducido por un niño no es una utopía, ni mucho menos. Así será. Es la previsión de los grandes profetas que conocían el corazón de la humanidad. No será en los espacios zoológicos, ni siquiera en los vedados, sino sencillamente en nuestras ciudades, parques, arboledas y prados, donde, sin temer al hombre, buscando sus caricias y jugando con él, colaborando en el perfeccionamiento del medio natural y cultural y en la evolución de su propio ser, habitarán los descendientes de las actuales liebres y tapires, leopardos y ardillas, osos y cuervos, jirafas y lagartos. La abundancia de medios de subsistencia en el próximo siglo alcanzará niveles que parecen casi increíbles y la alimentación de estos seres dulces, mansos, cariñosos y altamente racionales no presentará ningún problema. Y vendrán generaciones que se estremecerán al saber por los libros que hasta hace poco el hombre no sólo se alimentaba con los cadáveres de los animales que mataba, sino que se deleitaba con acecharlos pérfidamente y asesinarlos a sangre fría.

V

LOS MUNDOS SUPERIORES DE SHADANAKAR

1. Hasta la Salvatierra Mundial

A nadie puede asombrar que la información sobre estas esferas no sólo sea más escasa que sobre cualquier otra sino que sea, en el fondo, casi nula. Hay dos causas. La primera consiste en que la realidad de estas esferas no se adecúa a ninguna de nuestras ideas o nociones y menos aún a los intentos de expresarla con palabras. Y la segunda es la excepcional altura de la videncia espiritual que se requiere para rozar estos mundos con la experiencia personal. Por tanto, casi todo lo que se explica aquí sobre ellos no ha sido obtenido de la experiencia personal y directa, sino que sólo expresa, en términos de nuestro idioma, lo que he percibido de los amigos invisibles. Que ellos me perdonen si me he equivocado en algo, si mi conciencia perceptora ha aportado algo inferior, meramente humano, y ha enturbiado con adiciones subjetivas este mensaje.

Todas las capas que trataré aquí, en primer lugar, son pentadimensionales, y el número de las coordenadas temporales, es decir, de los flujos de tiempos que corren paralelos, supera en estas capas la cifra de 200. Esto, por si solo, ya basta para comprender lo impotentes que son los intentos de expresar el contenido y el significado de estas esferas con imágenes humanas. Se tendrán que olvidar por completo las nociones